

# **EL USO DEL TIEMPO LIBRE DE LOS OBREROS 1910-1945**

**MAURICIO ARCHILA**  
Profesor Departamento de Historia.  
Universidad Nacional.

Los trabajadores urbanos colombianos de principios de siglo, como sus antepasados campesinos, también se levantaban al amanecer; pero en contraste con aquéllos, no era el monótono sonar de las campanas de la iglesia lo que los despertaba, sino el impaciente ruido de las sirenas de las fábricas. Para mediados de este siglo, los ritmos de la vida de las grandes ciudades y centros productivos que concentraban asalariados se habían modificado en favor de una nueva concepción del tiempo. El imperio del reloj, sin embargo, no se consiguió de un momento a otro y, por el contrario, encontró una tenaz resistencia entre los trabajadores aún anclados en los ritmos "naturales" de existencia. La lucha por el predominio de una disciplina capitalista de trabajo tenía que ver con las jornadas de trabajo pero implicaba también una reorganización del tiempo libre, terreno en el cual se vivió una ardua y sutil confrontación durante los años de formación de la clase obrera exigiendo de ella definiciones que serán definitivas en la construcción de su identidad<sup>1</sup>.

1 Además del artículo de E. P. Thompson, "Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism *Past and Present*, No. 38, (Dic, 1967), véase el estudio de caso desarrollado por Roy Rosenzweig, *Eight Hours For What We Will*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983, pp. 1-2. Las sirenas marcan el ritmo de la vida local según los testimonios. (Ver entrevistas con Arturo Solórzano, Barrancabermeja, 1985 y Abraham Cadena, Bogotá, 1988). El caso de Bavaria en Bogotá es también desarrollado por el grupo Vikingos, *Perseverancia, un Barrio con Historia*, Bogotá: Dimensión Educativa, 1988, pp. 26-27. José A. Lizarazo en la novela "Hombres sin Presente" hace referencia al impacto de las sirenas de las fábricas en la vida cotidiana de los habitantes de Bogotá en los años cuarenta (*Novelas y Crónicas*, Bogotá: Cultura, 1978, p. 150).

Aunque en los primeros años era poco el tiempo libre que les quedaba a los obreros, ese escaso tiempo fue desde el principio motivo de conflicto. Para los trabajadores varones era el momento de diversión socializando las penas y las esperanzas de la vida laboral. En algunos casos fue también el rato para estudiar o para actividades económicas complementarias. Para las mujeres trabajadoras era el comienzo de la segunda jornada de trabajo, en el hogar. Para los empresarios era un tiempo dilapidado en diversiones que perjudicaban la disciplina laboral. Para la Iglesia Católica la inmoralidad era la que presidía en los ratos de ocio. Para el Estado, en el tiempo libre era donde se fraguaban las rebeliones. Y para los revolucionarios era cuando se alienaba a las masas. Aunque con distintos intereses, todos parecían coincidir en que el mayor tiempo libre de los trabajadores podía ser problemático. Los trabajadores, por su parte, siguieron aferrados a las formas tradicionales de diversión, al menos hasta que no surgieron otras que las reemplazaran. Lo que estaba en juego, así no todos los jugadores lo percibieran, eran distintos ritmos de vida. La riqueza de esta confrontación, a veces olvidada por los estudiosos de los movimientos sociales, es lo que nos ocupa en este artículo, que hace parte de una investigación más general sobre cultura e identidad obrera en Colombia.

## I. FORMAS TRADICIONALES DE DIVERSIÓN POPULAR

Los primeros trabajadores asalariados heredaron no sólo tradiciones culturales y formas organizativas, sino también maneras de emplear el escaso tiempo libre que les quedaba. En ausencia de otros espacios de diversión accesibles para los estratos sociales bajos, éstos acudían desde tiempos coloniales al consumo de alcohol como principal entretenimiento. Cuando las actividades productivas campesinas o artesanales eran de carácter familiar, el consumo alcohólico giraba también en torno al hogar. Hasta ese momento, hombres y mujeres populares parecían compartir esos ratos de entretenimiento pero en la medida que se fue reemplazando la producción familiar por la fabril, separando el trabajo del hogar, también los sitios de diversión se fueron alejando del ámbito familiar. Una de las primeras consecuencias de esta separación de trabajo y hogar fue el alejamiento de la mujer de los sitios de diversión, relegándola nuevamente al hogar. En Colombia, como en otras partes del mundo, la "masculinización" de los lugares de entretenimiento no era sino un reflejo de la "masculinización" del mundo industrial. A pesar de que la mujer ocupara un gran porcentaje de la fuerza de trabajo, el patriarcalismo seguía asignándole el hogar como su sitio "natural"<sup>2</sup>.

2 Sobre la evolución de estos sitios no conocemos aún un estudio histórico serio. Parece, sin embargo, que para el siglo XIX se denunciaba la existencia de las chicherías en el

La inicial identificación entre las actividades productivas y vida hogareña impedía hacer una clara distinción entre trabajo y descanso, por lo menos como los pretendían los defensores de la nueva disciplina de trabajo capitalista. Por lo tanto, lo primero que debieron atacar estos sectores fue la extendida costumbre de consumir alcohol mientras se trabajaba. En Colombia, como en otras partes del mundo occidental, los artesanos consideraban el beber como un aspecto del trabajo en los talleres. En muchos de ellos el alcohol era parte del pago y, como decía un entrevistado, "el mismo maestro le enseñaba a uno a tomar trago"<sup>3</sup>.

En el país, el consumo de alcohol durante la jornada de trabajo era una práctica común no sólo entre artesanos. A principios de siglo se extendía a todos los sectores asalariados. Incluso no faltaron los casos en que las empresas facilitaran el consumo alcohólico en los sitios de trabajo. Las cervecerías, por ejemplo, obligaban prácticamente a los trabajadores a beber de 2 a 4 cervezas diarias. Bien fuera por la fuerza de la costumbre, bien por la presión de las empresas, o como medio para sobrevivir a las extenuantes jornadas de trabajo, el hecho es que el consumo del alcohol era bastante extendido en los inicios de la industrialización colombiana<sup>4</sup>.

La estricta disciplina que se trató de imponer en las fábricas y en los medios de transporte buscaba diferenciar claramente trabajo de descanso. Los trabajadores varones, cada vez más atomizados en los sitios de labor, soportando la vigilancia de patrones y subalternos, buscaban refugio después del trabajo en los bares, tabernas o tiendas para compartir el rato con sus colegas. Las mujeres trabajadoras, por el contrario, se retiraban a los hogares o a los "patronatos" (internados para obreras regentados por la iglesia), a realizar labores domésticas. En los sitios de

centro del país indicando la incomodidad de la élite con esos establecimientos. Las mujeres del pueblo acudían a esos sitios, los que eran en algunas ocasiones administrados por mujeres también. (Germán Mejía, Bogotá, "Condiciones de vida y Dominación a fines del siglo XIX", *Boletín de Historia*, Vol. 5, Nos. 9-10, 1989, pp. 38-39). Para la evolución norteamericana de los sitios de diversión ver Roy Rosenzweig, *Eight Hours...*, p. 45. Las diferencias de género adquieren en este terreno una nueva dimensión a la que hay que poner también atención.

3 Entrevista con Gilberto Mejía, Medellín, 1988. Ver también Roy Rosenzweig, *Eight Hours...*, pp. 37-40.

4 Entrevistas con Salutiano Pulido y Luis A. Moreno, Bogotá, 1988. Para el trabajador de la construcción en Bogotá, el consumo de la chicha era parte de la dieta alimenticia (Alfonso García, Bogotá, 1988). Un trabajador cementero justificaba el consumo de la chicha por lo extenuante de la jornada de trabajo (José N. Torres, Bogotá, 1988). En un estudio de la Contraloría sobre la alimentación de los trabajadores bogotanos, se incluyó "la chicha" como parte de la dieta diaria (Ver Francisco Socarras, "La Alimentación de la Clase Obrera en Bogotá", *Anales de Economía y Estadística*, Tomo II, No. 5, 1939, p. 44).

diversión masculina, los trabajadores además de consumir alcohol oían la música popular regional, pues la música era más para oír que para bailar. De esta forma se oía el tango en Medellín, las rancheras en Bogotá, los ritmos caribeños en Barranquilla y Barrancabermeja; o, en general, los boleros y la música popular llamada de "carrilera" o "guasca". En algunas ocasiones, se hacían también apuestas en los prohibidos juegos de azar y de naipes. Según las regiones se pasaba el rato jugando billar o "tejo". Este último, practicado especialmente en la región cundi-boyacense, tenía orígenes precolombinos, por lo que era considerado por la élite como un entretenimiento "bárbaro y salvaje".\*

La prostitución también era un fenómeno que rondaba los espacios de diversión populares adonde acudían los obreros. Aunque floreció más en las economías extractivas, como en Barrancabermeja, en realidad fue algo muy extendido por todo el país. En Medellín, epicentro de una cultura popular muy influida por el catolicismo, se denunciaba en los años 30 que el fenómeno había tomado dimensiones preocupantes para los círculos moralizadores<sup>5</sup>. De paso, la prostitución reforzaba la "masculinización" de los sitios de diversión, pues las mujeres que allí iban arriesgaban ganarse la condena social. La prensa de izquierda denunció permanentemente la hipocresía de la élite que, mientras condenaba públicamente la prostitución, la favorecía clandestinamente<sup>7</sup>. En todo caso, lo que se vivía en los sitios de diversión tradicionales del pueblo a principios de siglo era todo un ambiente que no se reducía al consumo alcohólico. Es desde estas primitivas trincheras que los trabajadores, los varones especialmente, resistían la imposición de los ritmos capitalistas de trabajo.

Por supuesto que existían diferencias no sólo en las formas de diversión, sino incluso en el tipo de bebida alcohólica consumida. En Bogotá, a principios de siglo, la bebida más popular era "la chicha" -fermento de maíz de burda elaboración casera. La élite capitalina desde el siglo XIX luchaba por erradicar los sitios de consumo de la bebida, las "chicherías", consiguiendo alejarlas al menos del centro de la ciudad. Luego enfiló

5 Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, 3er. Vol., Bogotá: Villegas Eds., 1988, p. 104. En Medellín se denunció la existencia de casas de juego desde los años 20 (*La Defensa*, marzo 5, 1926). Para actividades paralelas al consumo alcohólico ver entrevistas con José Domingo Gómez, Manuel Vargas, Luis E. Valencia, Aldemar Caro, Eduardo Palacio y Norberto Velásquez, Medellín, 1988, y Juan P. Escobar, La Calera, 1988.

6 Alberto Mayor, *Ética, Trabajo y Productividad en Anúoquia*, Bogotá: Tercer Mundo, 1985, p. 296. En 1935 se convocó en la ciudad un Congreso Anti-venéreo para frenar la propagación de enfermedades contagiosas. El evento no contó con mucho apoyo clerical, pues la iglesia creía que hablar de esos temas era favorecer la prostitución (*El Diario*, 24 y 25 de abril, 1935 y entrevista con Gonzalo Buenahora, Bogotá, 1985).

7 Ver, por ejemplo *Humanidad*, 31 Oct. y 21 Nov, 1925.

baterías contra las antihigiénicas condiciones de preparación de la chicha. En los años 20 se intentó promocionar una bebida hecha higiénicamente, la "maizola", que fue un fracaso porque la gente no la consumió. La élite entonces decidió hostigar a los establecimientos controlando sus condiciones sanitarias, restringiendo los horarios de venta, y apoyando decididamente las cervecerías para que encontraran un sustituto. Al principio las cervecerías no corrieron con suerte pues el consumo de la chicha era 7 veces superior que el de sus productos. Pero a fuerza de prohibiciones y con el relativo éxito de una clase de cerveza llamada "Cabrero", el consumo de "chicha" en algo disminuyó. En el departamento de Cundinamarca, por ejemplo, se pasó de 73.8 litros por persona en el año de 1937, a 66.5 en 1942. Sin embargo, no era suficiente. La élite finalmente recurrió a la total prohibición de la venta de la popular bebida en los años 40, lo que no quiere decir que su consumo haya desaparecido<sup>8</sup>.

Pero en Bogotá los obreros, y demás sectores populares, consumían también otras bebidas distintas de la chicha y la cerveza. Para mayor preocupación de las autoridades, un aguardiente de caña destilado clandestinamente tenía abastecidos todos los expendios populares de bebidas alcohólicas desplazando al producto oficial de las Rentas Departamentales. (Recuérdese que desde los tiempos coloniales el aguardiente era una renta estatal, y que desde 1910 pasó a ser administrada por los Departamentos). El jefe de los destiladores clandestinos- o "cafuches" -era el legendario Papá Fidel quien tenía organizada una red de distribución ilegal que abarcaba incluso a miembros de la policía departamental. A pesar de los intentos de suprimir el aguardiente clandestino, Papá Fidel -a quien nunca se le capturó a pesar de que todo el mundo sabía que habitaba en las faldas de los cerros tutelares de la ciudad- abasteció hasta su muerte a Bogotá. Su entierro se recuerda como uno de los más concurridos de la historia de la ciudad, lo que fue un indicio más de la popularidad que otorgaba este tipo de economía informal<sup>9</sup>.

8 La evolución del consumo de la chicha en F. Zambrano, *Historia de Bogotá*, pp. 165-167 y entrevistas con Jorge Regueros Peralta, Alfonso García, Edelmira Ruiz de Sánchez, Eliécer Pérez y Salustiano Pulido, Bogotá, 1988. En zonas templadas se bebía un fermento de caña, el "guarapo". El desplazamiento de las chicherías del centro de la ciudad en *El Partido Obrero* 13, abril 1916. Los intentos de sustitución por la "maizola" en *El Tiempo*, junio 19, 1920. Las estadísticas de consumo en *El Espectador*, Dic. 29, 1942.

9 Entrevistas con Eliécer Pérez y Alfonso García, Bogotá 1988. Ver también Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, p. 142. En el vecino municipio de la Calera también existían destiladores clandestinos de aguardiente. (Entrevista con Juan P. Escobar y Pedro Guerrero, La Calera, 1988).

En Medellín, el reinado del aguardiente -conocido popularmente como "guaro"- permanece hasta el presente inalterado. Pero, a diferencia de la dispersión de sitios de consumo alcohólico de otras ciudades, la capital antioqueña contaba con un espacio privilegiado: la zona central, llamada Guayaquil. Por ser punto de convergencia del transporte urbano e intermunicipal, Guayaquil albergaba comercios, talleres artesanales, hoteles y vivienda popular. Había, además, sitios de diversión, bares y cantinas, en tal abundancia que prácticamente cada gremio u oficio tenía su sitio de reunión privilegiado. Para los trabajadores antioqueños, Guayaquil, lejos de ser el sitio de perdición y delincuencia que proyectaba la élite, fue un espacio seguro y acogedor donde pasaban sus ratos libres<sup>10</sup>.

En Barrancabermeja, como en las ciudades de la costa Atlántica, con las que estaba culturalmente ligadas, el consumo de cerveza, aguardiente y especialmente ron, fue el predominante. Sin embargo, en Barrancabermeja, el consumo alcohólico y las actividades que lo rodeaban adquirieron proporciones que preocupaban a las élites y a las autoridades centrales. Barrancabermeja albergaba una amplia zona para el entretenimiento de los trabajadores alrededor de la Calle de la Campana. Allí, como en los pueblos de reciente colonización, había de todo: bares, prostíbulos y casas de juego. Desde los años veinte los trabajadores de El Centro -lugar de extracción del crudo a 15 kilómetros del puerto-, eran traídos en el ferrocarril de la multinacional cada quince días, los fines de semana del pago. Durante dos días Barranca parecía una gran feria en la que los petroleros gastaban parte de sus ingresos. Los lamosos "sábados grandes", como se les conocía, sólo desaparecieron en los años 50 con el desplazamiento de la vivienda de los trabajadores de El Centro a Barrancabermeja misma<sup>11</sup>.

Los "sábados grandes", que eran fomentados por la multinacional, alimentaron también estereotipos cuya consecuencia fue aislar a los trabajadores de Barranca del conjunto de la clase obrera. Desde los años veinte se denunciaba en la prensa elitista que "las amigas y la bebida son los tormentos de los trabajadores de Barrancabermeja"; o que "las

10 Entrevistas con Gilberto Mejía, Roberto Duque, Jesús A. Gaviria y José F. Valencia, Medellín, 1988. Valdría la pena ver si la zona de SAN VICTORINO jugó el mismo papel en la Bogotá de principios de Siglo...

11 Entrevistas con Rafael Núñez, Elba de Vélez, Erasmo Egea, Arturo Solórzano, Luis A. Rojas, Ezequiel Romero y Antonio Mebarak, Barrancabermeja, 1985. Ver también las descripciones hechas por Gonzalo Buenahora, *Sangre y Petróleo*, Bogotá: Ed. Nueva Colombia, 1970, p. 71, y Martiniano Valbuena, *Memorias de Barrancabermeja*. Bucaramanga: El Frente, 1947, pp. 149-152. En 1926, en un pliego de peticiones los trabajadores exigían entre otras cosas, "salida al pueblo los domingos". (*El Espectador* enero 29, 1926).

enfermedades venéreas y el alcoholismo consumen al pueblo de Barrancabermeja". Se construía así la Leyenda Negra sobre Barranca<sup>12</sup>.

Pero los estereotipos con base en los hábitos de uso del tiempo libre no se circunscribían a los trabajadores petroleros. El consumo de la chicha también fue utilizado para denigrar a los trabajadores del interior. En 1919 la Asamblea de Cundinamarca decía que el consumo de la bebida creaba problemas en ese Departamento, diferente de los de Antioquia o Cauca que eran "pueblos más vigorosos". Nueve años más tarde, un senador costeño insistía que en la Costa Atlántica no había el alcoholismo del interior pues, en estas zonas, "los trabajadores viven una vida que los conduce a la degeneración y al crimen merced a la base alimenticia que es la chicha". Pero en el momento de hacer balances, el consumo de bebidas alcohólicas era similar en todas las regiones como lo denunciaba desde los años diez el político liberal Rafael Uribe Uribe<sup>13</sup>.

Algo similar ocurría con el consumo alcohólico por oñcios. Aunque tradicionalmente artesanos y trabajadores de la construcción combinaban la bebida con el trabajo, no es menos cierto que la élite hizo un manejo estereotipado de esas prácticas. Desde los tiempos coloniales, los artesanos se resistían a trabajar los lunes -el "santo lunes" europeo que en Colombia se conoció como "lunes de zapatero"-, como consecuencia del consumo alcohólico de los fines de semana. Se reafirmaban así no sólo los ciclos "naturales" de vida de los primeros trabajadores, sino también sus sueños de independencia. Un artesano bogotano escribió en 1867 que, como ellos no tenían quien los mandara, ellos podían escoger cuándo trabajar y cuándo descansar<sup>14</sup>. Pero el "lunes de zapatero" no fue exclusivo de los artesanos. En los principios de la industrialización, trabajadores asalariados del transporte, enclaves extractivos y hasta de las nacientes industrias se ausentaban del trabajo los lunes, o llegaban tarde rindiendo menos ese día. Con el tiempo la rígida disciplina impuesta en las fábricas y medios de transporte fue reduciendo cada vez más esa práctica, sin que desapareciera del todo. El mayor éxito en esta

12 *El Tiempo*, julio 30, 1924 y *El Espectador*, mayo 19, 1930. El peso de la prostitución en la cultura Barranqueña es indudable. Así lo refleja la novela de Jaime Alvarez, *Las putas también van al cielo*, México, Costa-EMIC Ed., 1984; en la que se cuenta el mito conocido en Barranca sobre una prostituta que murió virgen.

13 *Boletín del Círculo de Obreros* No. 17, 1919 y *Sanción Liberal*, mayo 15, 1928. Para Rafael Uribe Uribe el flagelo del alcoholismo era común a todo el territorio nacional sin distinciones. Según el político liberal los departamentos de Bolívar -en la costa Atlántica-, Antioquia y Cundinamarca, eran los de mayor consumo alcohólico.

14 Citado por David Sowell, *Arúans and Politics in Colombia, 1832- 1919*, Tesis de Doctorado, Universidad de Florida, 1986, p. 43. La práctica del lunes de zapatero la describen en sus entrevistas Jorge Regueros P. Bogotá, 1988 y Norberto Velázquez y Gilberto Mejía, Medellín, 1988.

labor lo reportaron las industrias textiles antioqueñas en donde la imagen del trabajador -y de la trabajadora especialmente en las primeras generaciones- fue la de una persona que se abstenía del consumo alcohólico, como lo reflejaron ampliamente nuestras entrevistas<sup>15</sup>.

Como se puede observar, hay diferencias reales, por regiones y por oficios, en las formas de entretenimiento. Pero también es claro que las élites, en aras de transmitir valores anti-alcohólicos, fomentaron estereotipos para distinguir unos trabajadores de otros. Desde finales del siglo XIX los artesanos reaccionaron contra este intento. En 1892, en medio de una crisis económica que afectaba a los gremios artesanales, un miembro de la élite bogotana acusó a los artesanos de ser responsables de su miseria pues, por consumir bebidas alcohólicas, no prestaban atención a sus familias. Las organizaciones artesanales de la ciudad presionaron al gobierno para que obligara al escritor de esa acusación a retractarse. Como ello no sucedió, los artesanos se lanzaron a las vías de hecho en una revuelta que dejó como saldo, 45 muertos y cientos de heridos!<sup>16</sup>.

La clase obrera retomará la defensa de una imagen contra los estereotipos de la élite, aunque con métodos menos violentos. Los trabajadores asalariados señalaban, como lo hizo el líder ferroviario Díaz Raga en su entrevista, que por el comportamiento de unos pocos no se podía condenar al conjunto de la clase. Las estadísticas sobre consumo alcohólico mostraron además que había mucha exageración en las denuncias de élite.

Cuando se mira con atención las estadísticas de gastos obreros en los años treinta y cuarenta, se nota que era pequeña la proporción de los egresos en el rubro de bebidas -alcohólicas y no alcohólicas- y cigarrillos. Dentro del total de gastos de alimentación -que ocupaban 2/3 de los gastos totales-, dicho rubro ocupaba sólo el 8.8% en Barranquilla, el 10.6% en Medellín y el 11.6% en Bogotá. Contrasta esta baja proporción con las escandalizadas denuncias de la élite. Pero sectores moralizado-

15 Lo que los discursos no lograban lo conseguía el sistema de vigilancia de las empresas que mantenían informados a los patronos de las actividades de los trabajadores fuera de los sitios de trabajo. (Entrevista con Luis A. Bolívar, Medellín, 1987). A pesar de todo ello el consumo de alcohol era bastante extendido entre los obreros. Según Gilberto Mejía era "excepcional el obrero que no llegara enguayabado los lunes al trabajo". (Entrevista, Medellín, 1988).

16 D. Sowell, *Artisans and Politics*, pp. 272-274. Los prejuicios contra los artesanos encerrados en estos estereotipos siguieron haciendo carrera en la gran prensa a lo largo del período estudiado. En 1937 se decía que a pesar de las leyes anti-alcohólicas en Antioquia seguían existiendo bebedores, especialmente entre los artesanos, sastres y zapateros. Estos, se decía, "han formado un clan u organización cuasi-masónica para evadir los controles", *El Diario*, Dic. 7, 1937.



res utilizaban amañadamente las estadísticas globales sobre el consumo de alcohol por ciudades o regiones. De una parte no se señalaba el aumento de población de esas áreas, y por otra parte no se diferenciaba el consumo popular del de la élite, que también consumía bebidas alcohólicas. Con una doble moral, los sectores elitistas atacaban la chicha o el aguardiente, pero poco o nada se decía del whisky, la ginebra y otras bebidas exclusivas. Al mismo tiempo que se buscaba erradicar las chicherías del centro de Bogotá, o de acabar con Guayaquil en la capital antioqueña, los periódicos elitistas alababan la apertura de elegantes "cafés" o tabernas, aprobando en la práctica el consumo de alcohol para los estratos superiores. En algunos casos se favoreció las bebidas fermentadas, con excepción de la chicha, para erradicar a las destiladas como el aguardiente. Un periódico conservador antioqueño prefería el consumo de la cerveza en contra del aguardiente al que consideraba "bebida morbosa"<sup>17</sup>.

Lo que se pretende con estas reflexiones no es ocultar la realidad del consumo alcohólico popular, y por ende obrero, sino colocarlo en sus justas proporciones. La existencia de prejuicios y estereotipos en contra de sectores obreros y regiones enteras fue utilizada por la élite para reforzar sus valores e imponer la disciplina de trabajo. Las élites temían no sólo la indisciplina creada por prácticas como el "lunes de zapatero", sino también la existencia de espacios en que los obreros, especialmente varones, socializaran su inconformidad con el orden laboral. Por ello las campañas antialcohólicas y moralizantes tenían un claro sello de clase<sup>18</sup>.

17 *La Defensa*, abril 21, 1941. Ver también, José A. Osorio Lizarazo, *Novelas...*, pp. 337-342. Ana María Jaramillo, ("La moralización de las costumbres en el pueblo trabajador antioqueño", *Relecturas*, No. 5, Oct. 1987, p. 28) señala la crítica que algunos literatos y políticos hicieron a la doble moral regional. Para Bogotá, se cuenta con algunos datos agregados de consumo total: en el primer semestre de 1929 se consumieron 72.000 botellas de aguardiente; 10.000 de ron y de whisky; y más de siete millones de litros de chicha. (Patricia Londoño y S. Londoño, *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Ed. Planeta, Vol IV, p.335). Para 1939 se menciona un consumo de 27 millones de litros de chicha, 21 de cerveza, 238 mil de aguardiente; 107 mil de vino, 83 mil de whisky y 69 mil de ron. (Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, p. 112). Las estadísticas de la composición de gastos en los estudios de la Contraloría: para Bogotá, 1938, p. 41; Medellín, 1940, p. 56 y Barranquilla, 1948, p. 53. En esta última, el análisis sobre condiciones alimenticias arrojó un crecimiento en consumo de bebidas embriagantes de 2.95 litros per capita en 1939 a 4.68 en 1946. (Rafael Bernal, *La Alimentación de la clase obrera en Barranquilla*, *Anales de Economía y Estadística*, No. 73, 1952, pp. 63-64).

18 "...el tiempo y los espacios de diversión eran arenas donde los obreros y los industriales luchaban alrededor de valores, conocimientos y la cultura que presidiría la vida de los trabajadores". (Roy Rosenzweig, *Eight Hours...*, p. 94). Aunque por lo general la combatividad se disminuía después de unos tragos, no faltan referencias de que en esos sitios se fraguaron movimientos obreros, especialmente en los primeros años. En Barranquilla, por ejemplo, cuando el líder socialista Raúl E. M. Ahecha regresó

## II. LAS CAMPAÑAS MORALIZADORAS

Desde comienzos de siglo, cuando Rafael Uribe Uribe, haciendo eco de las campañas mundiales de Temperancia, lanzó la lucha anti- alcohólica, diversas fuerzas sociales lo apoyaron aunque persiguiendo diferentes objetivos. En 1934, un vocero de los sectores eclesiales y empresariales antioqueños colocaba en términos muy claros los intereses de quienes lideraron las campañas moralizantes del país:

"Es punto de meditación, no la jornada limitada de las ocho horas sino más bien las horas de vagancia, las horas de desocupación. El empleo de este tiempo es el que ha de dar al hombre que vive del sudor de su frente la tranquilidad de conciencia, la salud de su cuerpo y el reposo para las nuevas jornadas. No ha sido el trabajo el que ha diezmado la raza. Ha sido el tiempo del desempleo, cuando libre de labores y abandonado a su ignorancia, sin importar al Estado, ni a la ley, ni a los patronos, va de taberna en taberna alcoholizándose"<sup>19</sup>.

Como se ve, para los años treinta, lo que preocupaba a los círculos moralizadores no era tanto la disciplina en las fábricas -más o menos impuesta-, sino el tiempo libre. En aras de reforzar nuevos hábitos de trabajo, se acudió a una terminología moralizante enraizada con tradiciones católicas, pero con nuevos componentes. De una parte el discurso de los movimientos prohibicionistas norteamericanos y europeos se hizo presente en el país. De otra parte, también llegaron los ecos del positivismo que alimentó en el siglo XK a las élites latinoamericanas con teorías social-darwinistas sobre la "degeneración" de ciertas "razas". El mismo Uribe Uribe no escapó de esas influencias. En un discurso pronunciado a comienzos de siglo estampó una frase que repetirían permanentemente los círculos moralistas: "El alcoholismo es el cáncer social que nos devora y que está haciendo DEGENERAR con vertiginosa rapidez LA RAZA, no tan sólo en sus calidades físicas, como mentales y morales"<sup>20</sup>. Con la mira puesta en la denuncia de los efectos del alcoholismo, se cayó en un burdo racismo.

al puerto, a fines de 1926, se instaló en el bar "El Tirol" en donde se había camuflado una imprenta y desde donde restableció contactos con los dirigentes obreros de la región. (Ver, Gustavo Almario, *Trabajadores Petroleros*, Bogotá: Cedetrabajo, 1984, p. 6). Luego la multinacional comenzó a infiltrar espías en esos bares y las asambleas tuvieron que realizarse en el monte hasta mediados de los años treinta en que se legalizó la existencia del sindicato.

19 *El Obrero Católico*, mayo 26, 1934, citado por A. mayor, *Ética, Trabajo...*, p. 377.

20 *Escritos Políticos*, Bogotá: Ed. Populibro, 1977, p. 107. El subrayado es nuestro. Para el impacto del darwinismo social en el país, ver Carlos Uribe C, *Los años Veinte en Colombia*, Bogotá: Ed. Aurora, 1985, pp. 13 y 30-31.

A pesar de la convergencia de sectores eclesiales y empresariales, especialmente en las ciudades del interior, había diferencias de énfasis en las campañas moralizantes. Para la iglesia católica el problema era básicamente moral. El abandono de valores religiosos que conllevaba a la práctica alcohólica, tendría devastadoras consecuencias para la reproducción de las familias obreras. Así se denunciaba desde principios de siglo:

"Basta un simple llamamiento a vuestra propia observación para haceros (sic) caer en cuenta de cómo, en las víctimas del alcoholismo, la severidad de los principios morales se va relajando hasta sustituir esos dictámenes por máximas y asertos que parecen inspirados en la barbarie de razas aún salvajes, o en el degradante sensualismo de epicuro"<sup>21</sup>.

El alcoholismo era un vicio, un "pecado", cuyas consecuencias se sentirían en futuras generaciones, según el clero. Los empresarios, por su parte, privilegiaban las implicaciones laborales y políticas de dicha práctica, aunque sin abandonar el lenguaje moralista. La élite antioqueña nuevamente fió la pionera en la lucha anti-alcohólica. Desde 1856 había conseguido a nivel regional condenar la vagancia, una de cuyas definiciones era la ebriedad habitual. A finales del siglo XIX se crearon, en asocio con el clero regional, "Juntas o Sociedades de Temperancia" que florecieron especialmente en las áreas rurales. En 1905 se llevó a cabo la primera Asamblea Antialcohólica en Medellín, dando forma organizativa a la campaña. En 1915, disposiciones regionales limitaron la edad para la compra de bebidas alcohólicas y reglamentaron el expendio de licores en sitios públicos. En 1922 se consiguió a nivel nacional una ley que castigaba la vagancia y el exceso de alcohol. Un año después se impuso, en el ámbito regional, la ley seca. La élite bogotana, aunque secundó los pasos de la antioqueña, centró su lucha en la prohibición de la chicha como ya se vio<sup>22</sup>.

Los sectores políticos de la élite, especialmente los Liberales, le agregaron otra connotación a la lucha anti-alcohólica. Desde los tiempos de Rafael Uribe Uribe, los liberales denunciaban la imposibilidad de que el Estado, en manos conservadoras, liderara la lucha, pues parte de sus rentas provenía de ese rubro. A medida que la confrontación interpartidista se tornaba más aguda, los llamados a abstenerse del consumo alcohólico se incrementaban. "Por cada copa de aguardiente, decía un

21 *Familia Cristiana*, mayo 24, 1906; citada por Ana María Jaramillo, *La Moralización...*, pp. 25.

22 Para el caso antioqueño, *El Correo Liberal*, marzo 19, 1921; 2 y 5 de julio, 10 agosto y 24 septiembre, 1923. Ver también, Ana María Jaramillo, "La Moralización...", pp. 25-28. Para el caso bogotano, además de lo dicho en la nota 8, ver Orlando Grisales, "...Bavaria", *Monografía Sociológica*, No. 4, 1981, pp. 27-38.

periódico liberal antioqueño, que un liberal se tome, está sosteniendo a su peor enemigo y eso no es sólo a costa de su dinero sino de su salud, de su sangre, del bienestar de su familia y aun de su propia vida"<sup>23</sup>. Para acabar de complicar las cosas, los mismos organismos encargados de la función vigilante del Estado no estaban exentos de consumo alcohólico. En 1923, por ejemplo, el Director de la Policía de Bogotá, prohibió el ingreso de chicha a los cuarteles. De esta forma se entiende que la prensa liberal dijera: 'Tara acabar con el alcoholismo hay necesidad antes de que el Estado deje de ser alcohólico'<sup>24</sup>.

Las campañas moralizantes de la élite, con rasgos políticos como se ha visto, no se limitaron a la lucha contra el alcohol, sino que invadían todos los espacios obreros donde hubiera peligro de subversión de los valores dominantes. En Medellín, en 1939, se lanzó una furiosa campaña contra las casas de juego y de apuestas. Durante unos años se prohibió su funcionamiento en la ciudad, lo que las obligó a camuflarse. Viendo el fracaso de la prohibición, se suprimió la medida en 1944. No hay que olvidar que durante el período estudiado, las loterías eran una de las fuentes de ingreso departamental, aunque en Antioquia se suprimieron también temporalmente<sup>25</sup>.

La tradicional posición de la Iglesia como la rectora de la cotidianidad colombiana la llevó continuamente a intervenir en la vida pública y privada de los ciudadanos, máxime si éstos pertenecían a estratos sociales bajos. El temor al contagio de virus infecciosos motivó la limitación del acceso a los sitios de baño público, especialmente en Medellín. También le preocupaba a la Iglesia que en esos sitios, como en los bailaderos, se relajaran las costumbres sexuales tan celosamente vigiladas por ella. Por la misma vena, el uso de vestidos diarios considerados insinuantes o aún de vestidos de baño o de deporte por parte de las mujeres, fue permanente motivo de condena eclesial. Por supuesto que el peso del control de la sexualidad por parte del clero fue más fuerte allí donde la cultura popular lo permitía, como fue el caso antioqueño. Una textilera

23 *El Correo Liberal*, marzo 22, 1922. La prensa liberal seguirá repitiendo las denuncias que oportunamente hiciera Uribe Uribe: "...esto seguirá así mientras se mantenga este absurdo y suicida punto de vista del interés del fisco: que los colombianos beban mucho para que la renta de los licores produzca lo más posible; es la propaganda oficial de la ebriedad". (*Escritos Políticos*, p. 113).

24 *El Correo Liberal*, Sept. 16, 1920. La orden del director de la Policía de Bogotá pretendía "subir el nivel moral e intelectual de la institución". (*El Espectador*, enero 11, 1923). Aunque la presión liberal logró disminuir el consumo de bebidas oficiales, el aguardiente de contrabando aumentó en consumo. (*El Diario*, marzo 6, 1930).

25 *El Diario*, mayo 12, 1931; julio 5y 15y agosto 8, 1939; *La Defensa*, Nov. 13y 20, Dic. 3, 1942; julio 20, 1943; enero 13, 1944.

que vivió en un patronato recordaba que "las Hermanas nos decían que no saliéramos con los novios a andar, que los hombres eran muy malos"<sup>26</sup>.

Con espíritu de Cruzada la Iglesia no descansó en su afán moralizante. Obras de teatro y películas que tuvieran un simple beso, también sufrieron los efectos de la nueva Inquisición. Así sucedió en Medellín con las obras teatrales de la "Tórtola Valencia" en 1924, o con "La casta Susana" en 1927; o con películas como "Salomé" y "La Princesa de Judea" en 1924, "El Sexto Mandamiento" en 1941 o "La Corte del Faraón" en 1944, para mencionar sólo algunas que aparecieron en la prensa de la época. Obras literarias consideradas por la Iglesia como pornográficas, también fueron condenadas<sup>27</sup>.

Pero las condenas eclesiásticas, con apoyo tácito de la élite conservadora, no se limitaron a materias morales. También tenían una dimensión ideológica y política que reflejaba la intención de los sectores moralistas por controlar todos los aspectos de la vida de los trabajadores. En 1909, un órgano de prensa religioso se mostraba escandalizado por la difusión de "malas lecturas" - es decir, las que se oponían a las enseñanzas religiosas o al orden político vigente:

"Es una verdadera inundación. La venta de libros, pero sobre todo de libros baratos, se ha convertido en una infatigable sucursal del escándalo. Una cantidad de novelas ilustradas de 5,10 y 20 centavos salen diariamente de las imprentas e inundan toda la provincia. De cada una se imprimirán 50.000 ejemplares... llegándose a un número de corrupción verdaderamente aterrador, más de 500.000 almas pervertidas por cada una de esas producciones inmundas.

Estas obras circulan en todas las manos. El niño las lee en el colegio, el obrero las lleva al taller y el padre de familia más religioso se ve imposibilitado para defender su casa de esta nueva peste"<sup>28</sup>.

La Iglesia Católica actualizaba continuamente el índice de libros condenados por Roma. Además de las clásicas obras de escritores anticlericales, socialistas y anarquistas, las listas de libros atacados se engrosaba con los autores locales o con periódicos completos como sucedió con la prensa liberal nacional y regional. En este caso, sin embargo, la prohibición obró contraproducentemente pues excitó la curiosidad de los lectores, incluso de conservadores practicantes como don Jorge Echavarría. De esta forma, los libros más leídos fueron en muchas oportuni-

26 Entrevista con Esperanza Hernández, Medellín, 1987. Ver también Patricia Londoño y Santiago Londoño, *Nueva Historia*, vol.IV, pp.351-352 y 368.

27 *La Defensa* Sep. 18y 22, 1924; abril 7, 1927; Oct. 31, 1928;junio 23, 1941 y Nov. 20, 1944.

28 *Familia Cristiana*, mayo 14, 1909.

dades los condenados por la Iglesia<sup>29</sup>. La sospecha de la Iglesia hacia la lectura era tal que aun era prohibido para los católicos leer la Biblia. Contrasta esta actitud eclesial con el entusiasta estímulo que círculos socialistas y anarquistas daban a la lectura. Mientras un boletín clerical advertía que "sin licencia eclesiástica los libros son malos", un periódico socialista decía:

"El libro y la lectura son vinos generosos que despiertan gratos recuerdos, y es divino incienso al través de cuyos recuerdos blancos y vaporosos, las cosas idas resurgen ante nuestros ojos, trayendo consigo rumores, suspiros y besos y toda la esencia voluptuosa del Nirvana"<sup>80</sup>.

Si en algún aspecto fue clara la intención política de los círculos moralistas fue en este punto. De una forma no muy explícita teóricamente, los círculos eclesiales y empresariales denunciaban, como si se tratara de la misma subversión, el consumo alcohólico y la prédica socialista. En 1927 escribía así un periódico conservador:

"Esos que allí veis son en su mayoría los asiduos clientes de las cantinas, los que mantienen en zozobra a sus patrones, los que a cada paso hacen la huelga sin fundamento. Hace algunos días eran pocos. Apenas si concurrían a las conferencias del jefe unos cientos. Hoy son más de mil. La acción de periódicos impíos, de hojas sueltas, de conferencias desenfrenadas y el dinero de muchos agitadores sin conciencia, han hecho crecer el número"<sup>31</sup>.

Pero vale la pena detenerse un momento para considerar el impacto de estas campañas moralizantes en los grupos obreros. Para este análisis acudiremos básicamente a la revisión de prensa obrera de la época, lo que al menos nos indica la respuesta de los líderes a la ofensiva moralizadora. Se puede decir que en general los periódicos obreros, y las organizaciones que los respaldaban, se sumaron a la campaña anti-alcohólica en los años 20, sin compartir sus connotaciones morales y con una concepción política muy diferente. Claro que hay matices diferentes en los periódicos obreros, según las ideologías que los alimentaban. Los

29 Así afirma don Jorge en su diario recogido por Anita Gómez, *Medellín en los Años Locos*, Medellín: U. Bolivariana, 1985, p. 85. Ver también entrevista con Gilberto Mejía, Medellín, 1988. Algunos periódicos antioqueños condenados por la Iglesia fueron *La Organización*, abril 7, 1913 y *El Correo Liberal*, agosto 8, 1912. En 1929, el arzobispo de Medellín condenó el libro "Monografías Históricas", publicado por la Universidad de Cambridge por considerar que tenía errores "históricos y religiosos". (*La Defensa*, Sep. 20, 1929).

30 *Boletín del Círculo de Obreros*, Ho. 12, 1918 y *El Luchador*, Sep. 26, 1918. Un textilero orgulloso de su catolicismo decía lo fui limpio en esas cosas de leer... mo llegué a coger un libro!". (Tomás C. Peláez, Medellín, 1987).

31 *La Defensa*, marzo 26, 1927.

círculos obreros católicos hacían eco de las condenas moralistas de la Iglesia. Un periódico de esa corriente decía: "de nada le servirá al obrero que le suban los jornales, si los dedica al juego, la bebida...y a la perversión moral". El alcohol, para los obreros católicos, era el causante de la destrucción de los hogares -"separa al padre de los hijos, al marido de la esposa"-, además de producir innumerables enfermedades que incluían desde desórdenes digestivos hasta epilepsia, pérdida de la inteligencia y, sobre todo, "de buenos sentimientos"<sup>32</sup>.

Los obreros liberales, siguiendo la posición de su partido, enfatizaron la oposición a las rentas estatales: "Si (el pueblo) que bebe, se embriaga y se degenera (!)...se abstiene de consumir alcohol...vendrá la bancarrota y la caída del gobierno seccional". Los círculos anarquistas y socialistas de los años veinte retomaron ese énfasis político llevándolo más lejos. El periódico socialista *La Humanidad* decía: "El obrero que bebe aguar-diente es un esclavo tributario del gobierno que lo explota y envenena". Por su parte, los anarquistas llamaban a abstenerse del alcohol, "primero para que no degrades tu personalidad y segundo para que boicoteando el vil alcohol contribuyas a mermar la renta con que paga el burgués"<sup>33</sup>. En todo caso el peso de la tradición radical se hacía presente en los círculos de izquierda como lo evidenciaba la permanente publicación del famoso discurso de Uribe Uribe contra el alcoholismo<sup>34</sup>.

En los años treinta los periódicos de izquierda disminuyeron las referencias a las campañas de temperancia para centrarse en problemas políticos de álgido debate. Fue entonces la prensa de corte sindical la que continuó la denuncia del alcoholismo. En el periódico de los ferroviarios de Antioquia se decía que el alcoholismo era "un peligro individual y un azote social", pues estaba asociado a la pobreza, la locura y la criminalidad. El gobierno, ahora en manos liberales, que debía castigar el exceso de alcohol no lo hacía pues se regía por el criterio de "que haya rentas aun cuando el pueblo se arruine en el garito y la taberna". Algo similar expresaba el periódico de los petroleros de Barrancabermeja a fines de los años treinta. Para ratificar la nueva perspectiva de los dirigentes obreros Barranqueños, se decía que, "en nuestro club ha quedado totalmente prohibida la venta de bebidas alcohólicas...Nosotros que atacamos implacablemente la pésima costumbre de nuestros compañeros

32 *Unión Colombiana Obrera*, mayo 5; junio 9 y 30, 1928. Desde los años diez la iglesia antioqueña había llamado a conformar Juntas de Trabajadores Temperantes. (*La Defensa*, marzo 26, 1920).

33 *Sanción Liberal*, abril 10, 1928. Pala la visión socialista ver *La Humanidad*, junio 13y Nov. 28, 1925; Ver también Alfredo Gómez *anarquismo y Anarco- Sindicalismo en América Latina*, Barcelona: Ed. Ruedo Ibérico, 1980, pp. 88.

34 Apareció publicado en *La Humanidad*, Oct.30,1926y en *El Sindicalista*, No.9,1936.

en querer vivir en un completo estado de embriaguez, tenemos que dar un ejemplo con los hechos: guerra al alcohol y guerra al libertinaje!"<sup>35</sup>.

En los años treinta y cuarenta, los periódicos sindicalistas también se sumaron parcialmente a los otros objetivos de las campañas moralistas locales. La acción de la élite antioqueña contra las casas de juego fue secundada por el periódico de los ferroviarios: "Rogamos a nuestros compañeros que se abstengan por completo de concurrir a las casas de juego... pues allí se queda la honra, el honor y el jornal... Obreros! vivid convencidos de que sólo el pan que se gana con el sudor de la frente y en el yunque del trabajo, es el que sirve de alimento espiritual y material a vuestros hijos". La ofensiva de la élite bogotana contra la chicha, fue también apoyada por algunos periódicos obreros y, en los años cuarenta, la organización confederal de los obreros, la C.T.C., se sumó abiertamente a ella<sup>38</sup>.

Al apoyar aspectos de las campañas moralizantes, los círculos obreros no escaparon de las ambigüedades que las acompañaban. El mismo ardor con el que se combatían bebidas populares como el aguardiente o la chicha no se notaba cuando de bebidas más elitistas se trataba. *La Humanidad* de Cali decía que la historia del aguardiente era, "una vergüenza, corrupción y ruina"; mientras publicaba en las mismas páginas propagandas de vinos. Un periódico obrero de orientación clerical insistía que "las bebidas fermentadas como el vino y la cerveza pueden usarse pero en forma moderada". Otro periódico, de corte liberal, mientras atacaba duramente a las chicherías, alababa la apertura de las tabernas<sup>37</sup>. En todo caso, la prensa obrera, especialmente la de izquierda en los años veinte, reflejaba una actitud más tolerante con ciertos tipos de bebidas alcohólicas, lo que no dejaba de ser un poco ambiguo. El periódico socialista *Claridad*, por ejemplo, en 1928 censuraba sitios de diversión populares, pero escribía animadamente sobre una serie de cafés adonde acudía, "público de buen tono...poetas, artistas, pintores, filósofos, comerciantes y bohemios de recia estructura espiritual"<sup>M</sup>.

35 *Unión y Trabajo*, No.66, 1936 y *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, No. 85 y 91, 1937. Una descripción que el último periódico se iniciaba así: "Yo soy el príncipe de la alegría, el compañero de todos los goces mundanos...yo fabrico adulterios, hago nacer en el corazón pensamientos criminales, mancho hogares... enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura., yo acabo las familias... hago perder la vergüenza, la dignidad y el honor...yo soy el alcohol!" (Ibid No. 95, 1937). El tono usado no difiere mucho del de los periódicos clericales...

36 *Unión y Trabajo*, No.67,1936; ver también No.91,1936; *Sanción Liberal*, marzo 16, abril 24 y junio 5, 1936; y *Diario Popular*, agosto 18 y 26, 1943.

37 *La Humanidad*, Nov. 7, 1925 y junio 19, 1927; *Unión Colombiana Obrera*, junio 7, 1928 y *Sanción Liberal*, Dic. 3, 1936.

38 marzo 10,1928. Ver también el de abril 24,1928. Meses más tarde el mismo periódico



Pero la principal ambigüedad en la que cayeron los periódicos obreros residía en la misma imagen de obrero que se transmitía en las campañas moralizantes. Las referencias a la "degeneración de la raza" no proyectaban la mejor imagen de los sectores populares. Sin embargo, tenemos la impresión de que la prensa obrera, aun la inspirada por el clero, no aceptaba la idea de que el pueblo colombiano, y dentro de él la clase obrera, hiciera parte de las "clases degeneradas". Un periódico sindicalista, tomando distancia del discurso elitista decía: "No compartimos las tesis que sostienen algunos de nuestros coterráneos de que nuestro pueblo ha perdido la vitalidad de otros días por el alcohol". Concluía agregando que "son las corporaciones obreras las únicas que deben afrontar la solución de este problema social, y a contribuir a esa campaña viene nuestro periódico"<sup>39</sup>. Lo que la prensa obrera desde los años diez intentó señalar es que el proletariado colombiano no estaba "degenerado" sino que, por el contrario, era el llamado a redimir al país. Pero para poder cumplir esa misión, debía superar los vicios que afectaban a algunos de sus miembros. "El bebedor es un esclavo sin valor y sin honor", pero es al bebedor al que se ataca no a la clase en su conjunto, como lo hacían los sectores elitistas. Las organizaciones obreras, desde un principio, exigían que sus directivos dieran ejemplo en la abstención alcohólica<sup>40</sup>. Era pues, parte del debate por la imagen que proyectaba la élite de la clase obrera y la que ésta construía de sí misma.

Finalmente, los periódicos obreros siempre buscaron ofrecer alternativas de recreación, poniendo el énfasis más en las salidas positivas que en la negatividad de la condena. Un líder socialista de Medellín, después de analizar el desarrollo de la campaña anti-alcohólica en la región concluía que para contrarrestar el consumo entre los obreros se debían promover "espectáculos baratos, habitaciones alegres y cómodas, bibliotecas, clubes y círculos deportivos"<sup>41</sup>.

condenaría un sitio donde tocaba una banda de Jazz pues allí se consumía champaña, las mujeres andaban "sentidesnudas" y los hombres "con cara de idiotas". (Sept. 29, 1928).

39 *El Sindicalista*, No. 2, 1936. Números más tarde, sin embargo, reproduciría el famoso discurso de Uribe Uribe. (No. 9, 1936). Frases aparecidas en los periódicos obreros hacían eco continuo de ese discurso. Ver, *La Humanidad*, Nov. 25, 1925 - "los hyos del borracho son degenerados"- *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, No.95, 1937 - "el alcohol envenena la raza"- y *Sanción Liberal*, abril 10, 1928 - "el pueblo que bebe se degenera"-.

40 *La Humanidad*, mayo 29, 1926. Una disposición del Partido Socialista decía, "las organizaciones obreras no deben dar puestos de distinción... a individuos que ingieran aguardiente". *La Humanidad*, No 59, 1926.

41 *El Luchador*, Julio 3, 1923.

Algunos miembros de las élites también comprendieron que a fuerza de prohibiciones y condenas no era mucho lo que se lograría, y que era necesario desarrollar, como lo pedían los obreros, espacios alternativos de uso del tiempo libre. El dirigente liberal Armando Solano decía en 1926 que la lucha contra el alcoholismo "no debe adelantarse con leyes y decretos, sino en la escuela creando una nueva generación de antialcohólicos sin violencias"<sup>42</sup>. Si los resultados de las campañas moralizadoras no habían sido alentadores para los sectores que las promovían, el énfasis positivo parecía ofrecer mejores perspectivas. El conflicto por el control de los ritmos de vida de los trabajadores se desplazaría del pantanoso terreno de las condenas al más promisorio de las alternativas de diversión y aprovechamiento del tiempo libre.

### III. LAS NUEVAS FORMAS DE DIVERSIÓN

Lo primero que se le ocurrió a la élite como instrumento complementario en la lucha por la moralización del tiempo libre fue convocar al pueblo a conferencias. Esa era la forma preferida de comunicarse la élite con los artesanos desde el siglo XIX. A mediados del siglo pasado, en los locales de la Sociedad de Artesanos de Bogotá, se oyeron vibrantes conferencias de jóvenes radicales sobre los pros y los contras del proteccionismo o las ventajas del socialismo. Algunos intelectuales y dirigentes de las asociaciones de artesanos concurrían a estos eventos. La práctica la continuaron los oradores políticos como Uribe Uribe y más recientemente Jorge Eliécer Gaitán, cuyos discursos los viernes en el teatro municipal eran seguidos con atención por los obreros. Pero el éxito de esas conferencias políticas no se extendió a las de temas morales, en gran parte porque se hacía con clara intención paternalista por parte de las élites. En 1924, por ejemplo, en Medellín se habló de la bondad de ciclos de conferencias "culturales" para los obreros en las cuales miembros de la élite podrían "contribuir hablando contra el alcoholismo, la prevención de las enfermedades venéreas y el estímulo del ahorro"<sup>43</sup>. Probablemente para los obreros estas conferencias eran repetición de los sermones que oían periódicamente en las iglesias y por ello no es que hayan concurrido masivamente. Había que buscar alternativas realmente atractivas.

42 *La Humanidad*, junio 26, 1926.

43 *El Correo Liberal*, marzo 21, 1924. Las conferencias convocadas por los artesanos en Bogotá ver *El Tiempo*, junio 12, 1935. En el mismo año el grupo Marxista de reciente fundación invitaba a conferencias públicas. (*El Espectador*, marzo 15, 1935) En Barrancabermeja las conferencias de literatos o políticos tuvieron buena acogida entre los obreros. (Entrevistas con Gonzalo Buenahora y Pedro R. Galindo, Bogotá y Barrancabermeja, 1985).

Para principios de siglo los espectáculos en los que había participación masiva eran los circos y las corridas de toros, pero aun ellos estaban marcados por el consumo alcohólico. Lo mismo se podría decir de las ferias y carnavales locales. Como criticaba el mismo Rafael Uribe Uribe, "en Colombia no hay feria, ni romería, ni fiesta alguna pública o particular que no se celebre sin apurar grandes copas de licor"<sup>44</sup>.

Aprovechando la recepción que tenían desde los tiempos coloniales las representaciones teatrales religiosas o las improvisaciones cómicas, se intentó popularizar el teatro, sin mucho éxito probablemente por los altos costos de las entradas. El género dramático había sufrido una politización a lo largo del siglo XIX, especialmente después de 1886. Vargas Vila incluso incursionó en él escribiendo una tragedia que, como toda su obra, fue censurada. Haciendo eco de la labor adelantada por los anarquistas en otras latitudes, especialmente Pietro Gori en Argentina y González Prada en Perú, en Colombia a principios de siglo se intentó escribir teatro popular. Según Osorio Lizarazo, Jacinto Albarracín, un temprano socialista, "pensando en que el teatro era el mejor vehículo para que le llegara al pueblo el conocimiento de su propia miseria, representó dos dramas de títulos humildes, enruanados: La Hija del Obrero y Por el Honor de una India". Un aviso aparecido en un periódico anarquista de Barranquilla es más explícito en el uso político del teatro:

"Ponemos en conocimiento de todos los amantes y simpatizadores (sic) del arte teatral, que el Grupo Artístico de la Federación pondrá en escena en breve el Drama y Prólogo "Primero de mayo" de Pietro Gori. También se pondrá en escena la misma noche "El redentor del Pueblo" por Alfonso Marsillach, obra satírica en un acto"<sup>45</sup>.

A pesar de que el teatro nunca llegó a las amplias masas, sectores politizados de la clase obrera lo siguieron utilizando. En 1934, por ejemplo, la gran prensa hablaba de la existencia de una "Compañía Obrera de Dramas y Comedias de Bogotá"; a la que se le canceló la presentación de la obra española Juan José<sup>46</sup>. Posteriormente serán los sindicatos los que crearán sus grupos teatrales y "culturales".

44 *Escritos Políticos*, p. 108, el alcohol no era el único elemento criticado en estas fiestas que por lo general eran de origen religioso. También había quejas de que la prostitución, y los juegos de azar se hacían presentes. (Patricia Londoño y S. Londoño, *Nueva Historia...*, Vol. IV, p. 357).

45 *Vía Libre*, No. 2, 1925 y José A. Osorio Lizarazo, *Novelas*, pp.426-427. Ver también el prólogo al *Diario Secreto* (Bogotá: Arango y Ancora Eds., 1989), de José M. Vargas Vila, p. 9. Un artículo de Mario García, próximo a ser publicado, estudia con detalle la actividad teatral en la capital del país a fines del siglo XIX.

46 *El Espectador*, Julio 27, 1934. Incluso en la cosmopolita Barrancabermeja los espectáculos "culturales" no tuvieron acogida: "no los pude presentar porque no hubo gente, no les agradó". Entrevista con Rafael Núñez, Barrancabermeja, 1985.

El cine, en cambio, tuvo más acogida popular desde el principio. La Iglesia se opuso inicialmente al espectáculo como tal, pues "es malo para la vista, es escuela de vicios, destruye la inocencia, y hace gastar dinero inútilmente". Pero el espectáculo tuvo popularidad a pesar de la crítica eclesial. Por ello los círculos moralizadores optaron más bien por censurar las películas "inmorales". En Medellín, además, la Sociedad de Mejoras Públicas buscó ofrecer películas "instructivas" a precios más bajos para moralizar el espectáculo<sup>47</sup>.

El cine que tuvo acogida entre los obreros era bien diferente del que le gustaba a la élite. En ausencia de un cine nacional, el mexicano fue el que más atracción despertó en la población trabajadora. Así lo confirma un textilero antioqueño entrevistado:

"Yo tuve un tiempo en que salía de la fábrica, por ejemplo salía a las dos de la tarde, llegaba y almorzaba, y en la fábrica me invitaban a tal cine... me fui acostumbrando (de tal forma) que no podría dejar el cine ya... a mí me gustaba el cine mexicano... era muy bueno"<sup>48</sup>.

Pero el cine, a pesar de su alta popularidad -que se correspondía con sus bajas tarifas-, no era la alternativa de entretenimiento según las élites. El hecho de que fuera una diversión en recinto cerrado -ideal para el clima frío de Bogotá-, no cumplía los requisitos de un descanso físico y espiritual. Además la élite siguió viendo con sospecha el espectáculo precisamente por su popularidad. Pero para buscar diversiones al aire libre se tropezaba con la ausencia de espacios abiertos en las ciudades colombianas de principios de siglo. Sólo en esta época comenzaron a diseñarse parques para la recreación masiva en ciudades como Bogotá y Medellín. Además de las tertulias callejeras, ahora aparecieron los "paseos" dominicales de toda la familia. En ellos se llevaba comida (los famosas "piquetes" bogotanos), se oían las retretas de las bandas musicales e incluso se montaba en los novedosos carruseles. Las peregrinaciones a sitios de culto religiosos como el cerro de Monserrate en Bogotá, siguieron contando con popularidad; pero ahora se organizaban también paseos allí. A veces sólo el hecho de caminar la ciudad -a principios de siglo era posible hacerlo por la poca extensión de ellas y por la seguridad que aún ofrecían- o el desplazarse a poblaciones cercanas era entretención<sup>49</sup>.

47 *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 195, 1922. La juventud obrera católica, JOC, condenaba al cine como espectáculo por considerarlo inmoral. (*La Defensa*, Sept. 18, 1924). Para la censura de cine en Medellín y Bogotá ver *La Defensa*, abril 2, 1924 y Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, p. 135.

48 Entrevista con Luis E. Bolívar, Medellín, 1987.

49 En 1897 un extranjero decía que en Bogotá. "...las diversiones son nulas...hay algunos

El desarrollo de los transportes, el ferrocarril y los automóviles principalmente, acortaron las distancias para desplazarse a nuevos centros vacacionales. Sitios como Puerto Berrío o Girardot y poblaciones intermedias se convirtieron en sitios de descanso -de 'veraneo'- de las ciudades del interior<sup>80</sup>.

Sin embargo, estas diversiones seguían siendo costosas y requerían de tiempo libre en fines de semana o vacaciones que aún no se habían conquistado para muchos sectores obreros. Se necesitaba de una diversión que no implicara tantos costos y que se amoldara tanto a las jornadas de trabajo como a las condiciones espaciales de las ciudades, es decir, que se pudiera practicar cerca de los sitios de trabajo. La respuesta estaba en algo que era privilegio de la élite hasta el momento: el deporte.

Hasta los años veinte el único "deporte" practicado por los sectores populares, especialmente en el interior, era el "tejo", y el único que era espectáculo era el boxeo. Pero tanto uno como otro eran considerados "salvajes" y "bárbaros" por las élites<sup>51</sup>. Sólo con la difusión del fútbol a nivel nacional, y el béisbol para la Costa, el deporte sería un fenómeno masivo. El fútbol fue traído al país por los europeos o por miembros de la élite que habían estado en el viejo continente. Los primeros equipos giraban en torno a los colegios de varones o exclusivos clubes de la élite. Pero hacia los años treinta comienza la apropiación masiva del fútbol haciéndolo hasta nuestros días el más popular del país. La élite se ve obligada a ofrecer espacios para ver y practicar el fútbol. En los años treinta se inicia la construcción de estadios, y paralelamente se dota a los barrios "obreros" de canchas deportivas. En Bogotá, por ejemplo, en 1934 se inauguró una cancha en el barrio Tejada, y en 1942 se constru-

parques y jardines públicos...y algunas bandas militares tocan en ciertos puntos y días, y está el paseo a Chapinero". (Crónica de Tomas Brisson en Carlos Martínez, *Bogotá, (Crónicas)*, Vol. II, Bogotá: Ed. Escala, 1978, p. 104). Ver también entrevistas con Alfonso García, Miguel A. Farfan, Carlos Pardo, Helena de Sánchez, María B. Romero, Bogotá, 1988 y Zoila Valencia, Medellín, 1987.

50 Entrevistas con Alfonso García, Bogotá y Martín E. Suárez, Medellín, 1988. Las grandes empresas facilitaban también sitios de recreo para paseos de sus trabajadores. (Entrevista con Lucía Botero, Medellín, 1987). Los sindicatos no se quedaron atrás. El de los ferroviarios de Antioquia consiguió que para la noche de año nuevo la empresa prestara un tren para que los trabajadores y sus familias bajaran a Puerto Berrío. (Aristóbulo Marulanda, Medellín, 1988). El paseo al Salto de Tequendama, cerca de Bogotá, fue también muy popular a pesar de la cantidad de suicidios que allí se presentaron en los años veinte y treinta. (Entrevista con Alfonso García, Bogotá, 1988 y Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, p. 118).

51 Carlos Uribe, *Los años veinte...*, p. 41-42 y Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, p. 104.

yeron dos "gimnasios obreros para fomentar el espíritu deportivo y mejorar la condición física de los trabajadores"<sup>52</sup>.

Este proceso no pasaba desapercibido para los empresarios quienes vieron una doble ventaja en apoyar la difusión de deportes masivos: éstos ofrecían una diversión "sana", facilitando la imposición de la disciplina de las empresas. Tal vez por ello rápidamente las grandes empresas construyeron canchas de fútbol, financiaron equipos y hasta intentaron organizar campeonatos internos. En algunos casos las empresas construyeron clubes para sus trabajadores en climas más templados para la práctica de deportes. Este apoyo empresarial era una forma como las nuevas generaciones de patronos o tecnócratas intentaban reestablecer el diálogo con los trabajadores, diálogo interrumpido con la crisis el paternalismo<sup>53</sup>. Las empresas extranjeras no se quedaron atrás en ese importante paso. Más aún en muchos casos fueron las primeras en impulsar los deportes masivos, especialmente el fútbol. Así sucedió con la empresa inglesa del ferrocarril de la Dorada. En Barrancabermeja, la Tropical Oil Co. organizó en 1931 un equipo de fútbol llamado "El Obrero" y años más tarde crearía un Centro Juvenil para entretener a la juventud a través del deporte<sup>54</sup>. Es necesario anotar que, como sucedía con las diversiones tradicionales, en los deportes al principio la mujer estuvo excluida. Los círculos moralistas con el clero a la cabeza, se oponían a la práctica femenina de los deportes, aduciendo que eran dañinos para su organismo! A pesar de esa oposición, la mujer, hacia los años cuarenta, comenzó a practicar deportes como el basquetbol y la natación, lo que preocupaba aún más al clero por los atuendos que se usaban en esos deportes<sup>55</sup>. Ese espacio sería también lentamente apropiado por la mujer.

52 *El Espectador*, Nov. 22, 1934 y Nov. 26, 1942. Ver también Patricia Londoño y S. Londoño, *Nueva Historia...*, Vol. IV, pp. 367-368.

53 Charles Savage, *Sons of the Machine*, Cambridge: M.I.T., Press, 1986, p. 138. En la entrevista con Carlos E. Escobar (Bogotá, 1988), se mencionó el apoyo que la Empresa de Teléfonos de Bogotá dio al deporte en general y la dotación de un club, cerca de Girardot, para el descanso de los trabajadores y sus familias.

54 Entrevistas con Gustavo Díaz Raga, Bogotá, 1988; Rafael Núñez, Roberto Váldez, Pedro R. Galindo y Arturo Solórzano, Barrancabermeja, 1985. La prensa mencionó el equipo de fútbol "El Obrero" (*El Espectador*, Julio 22, 1931), y "El Juvenil" (*Voz del Obrero*, Barrancabermeja, No. 350, 1944). El "Centro Juvenil", una expresión paternalista de la Troco, desapareció en los años cuarenta por problemas con sus dirigentes. (Entrevista con Roberto Váldez, Barrancabermeja, 1985).

55 Patricia Londoño y S. Londoño, *Nueva Historia...*, Vol. IV, p. 368. Vitelba Serrano hablaba de la creación de equipos de basquetbol en los años cincuenta y del apoyo que la empresa nacional de petróleos ECOPETROL, dio a esa actividad. (Barrancabermeja, 1985).

En algunos casos fueron los sindicatos los que debieron presionar a las empresas para que apoyaran la práctica deportiva. Tal fue el caso de Cementos Samper, según testimonio de un trabajador. Así como el deporte ofrecía ventajas para los empresarios, era también útil para los trabajadores no sólo por el descanso físico que ofrecía sino por favorecer la camaradería entre ellos. Muchos dirigentes obreros se iniciaron como líderes deportivos en sus empresas. Charles Savage ilustra, para un período posterior, el forcejeo entre patronos y trabajadores por apropiarse de esta actividad que ganaba cada vez más aceptación en el país<sup>56</sup>.

El interés por presentar alternativas de diversión a trabajadores y trabajadoras, llevó a las empresas a crear los "Secretariados Sociales" en los años cuarenta. Estos, que eran en realidad departamentos de Relaciones Laborales, fueron asumidos por profesionales de la recientemente creada carrera de Trabajo Social. Además de ofrecer conferencias y cursos de capacitación, organizaban fiestas y reinados, ocupando parte del tiempo libre de obreros y obreras. Era también una forma "moderna" de reemplazar el paternalismo ofreciendo válvulas de escape de las tensiones laborales.

La institucionalización de bailes y reinados en las grandes empresas buscaba reforzar más la dependencia de los trabajadores hacia ellas. Fabricato, por ejemplo, organizaba un reinado interno a partir de las candidatas de cada una de las secciones, finalizando con "un baile muy hermoso en el corredor de la fábrica", según una entrevistada, "eso era una fiestaza"<sup>57</sup>.

Desde el siglo XIX, los gremios artesanales realizaban festivales con el objetivo de recolectar fondos y entretener a sus afiliados. Las primeras organizaciones obreras continuaron esta tradición y para fines de los años diez se propagó la costumbre de elegir en las grandes ciudades la reina de los obreros llamada la "Tlor del Trabajo". Los distintos gremios obreros -básicamente artesanos- postulaban sus candidatas y, como sucedía con la reina de los estudiantes, por votación directa era elegida la que obtuviera mayoría. Las candidatas eran señoritas generalmente de familias obreras o artesanas, pero también podían ser elegidas mujeres de la élite que hubieran realizado obras de caridad con los sectores

56 En el caso de "La Blanca" descrito por el autor, los trabajadores se resistieron a participar inicialmente en un campeonato organizado por la empresa pues sentían que era un espacio de ellos. (*Sons of the Machine*, pp. 138-141). Ver también entrevistas con Gustavo Díaz R., Bogotá, y Juan P. Escobar, La Calera, 1988.

57 Entrevista con María Rosa Lalinde, Medellín, 1987. Ver también las realizadas con Zoila Valenciay Luis E. Bolívar, Medellín, 1987. Para una evolución del trabajo Social en el país ver María E. Martínez y otras, *Historia del Trabajo Social en Colombia, 1900-1945*. Bogotá, Ed. Cuadernos Universitarios, 1981.

de bajos recursos. La elección de la flor del Trabajo, generalmente en los primeros de mayo, era una fiesta que congregaba a gremios obreros y a otros sectores de la población urbana. Era presidida por miembros de la élite en compañía de los tradicionales dirigentes artesanos. En 1924, por ejemplo, el expresidente Carlos E. Restrepo coronó a la Flor del Trabajo de Medellín con estas palabras: "...sois la espiritualización del músculo, el perfume del sufrimiento, la poesía y la idealidad de la fatiga jornalera. Mujer de virtud y de trabajo, mostráis a las mujeres cómo pueden dignificarse y honrarse". Una de las primeras acciones de la elegida fue convocar a los trabajadores de la ciudad a una fiesta de máscaras "para que los obreros disfruten un día siquiera de alegría"<sup>88</sup>. Como se ve claramente se trataba de una institución inmersa en el paternalismo con que se miraba al mundo obrero en los primeros decenios de este siglo y que reflejaba al mismo tiempo cómo la clase obrera hacía parte de las culturas populares.

Un año más tarde, en la misma ciudad, se eligió a María Cano, una señorita de apellidos elitistas-los dueños del segundo periódico del país *El Espectador*-, pero sin muchos recursos económicos ella misma. Su inquietud por los obreros no había pasado de ser literaria, pero con la elección como Flor del Trabajo de la capital antioqueña se propuso conocer el mundo laboral. En un principio lo hizo con la misma perspectiva caritativa de sus predecesoras. Impulsó, por ejemplo, la creación de la casa "Obrera" en la ciudad, convirtiéndola en centro cultural y también en restaurante y albergue de gentes de bajos recursos. Pero después de un viaje a la población minera de Segovia, algo no muy común en una mujer de la época, María Cano comenzó a politizar su discurso, sin perder la fuerza vitalista que la caracterizó. En su quinta gira por el occidente del país, María Cano pronunció una frase que sería recordada por generaciones de obreros: "Soy mujer y en mi entraña tiembla el dolor al pensar que pudiera concebir un hijo que fuera un esclavo". Rápidamente se integró a los movimientos socialistas, de los cuales sería una de sus máximas figuras-algo también poco común en una sociedad tan patriarcal que excluía a la mujer de la política-.

Con sus giras por todo el país, María Cano superó el marco regional y comenzó a ser llamada la Flor REVOLUCIONARIA del Trabajo. Adonde fue recibió entusiastas manifestaciones de apoyo de los obreros y otros sectores populares. En estas circunstancias, los dirigentes socialistas, después de algunas vacilaciones, decidieron oficializar la institución pero "con carácter ideológico y agitacional"; la Flor del Trabajo contaría

58 *El Correo Liberal*, mayo 2, 1924 y *La Defensa* sept. 30, 1924. Gilberto Mejía decía en su entrevista que, "esa cuestión de la reina obrera del trabajo; eso era sagrado para ellos; en los barrios hacían bazares para (ayudar a la construcción de) la Casa del Obrero... y entre todos nombraban la reina de la ciudad". (Medellín, 1988).



además con autonomía de la dirección socialista y con la asesoría que decidiera<sup>89</sup>. Lo que los dirigentes socialistas oficializaron en realidad fue la labor de María Cano y no tanto los reinados obreros en sí. Pero en todo caso era un paso novedoso pues rompía los esquemas internacionales revolucionarios.

Con los cambios ideológicos del socialismo a fines de los años veinte desapareció esta curiosa práctica nunca vista con buenos ojos por la ortodoxia revolucionaria. María Cano, por su parte, también cayó en desgracia ante los nuevos dirigentes del flamante comunismo, y hasta su muerte en 1963, nunca volverá a ocupar el destacado papel que jugó en el naciente socialismo. Aunque no era fácil cambiar una institución anclada en el paternalismo, María Cano lo había logrado con mucha imaginación.

En los años treinta ya no se vuelve a mencionar la elección de Flores del trabajo, sino de "madrinas" de sindicatos y luego, cuando los secretariados sociales se organizan, de "reinas" de las fábricas. Las fiestas obreras no se vuelven a mencionar en la prensa de izquierda, sino en la sindical, salvo en los años cuarenta cuando los comunistas convocaron a festivales electorales para "animar la votación"<sup>60</sup>.

En síntesis, tanto en eventos en recinto cerrado (el teatro, el cine y los bailes), como en las actividades en espacios abiertos (los paseos y deportes), la clase obrera aprendió nuevas formas de entretención. Aunque con un marcado sesgo masculino, estas diversiones alejaron a los trabajadores del consumo alcohólico en mayor medida que las prédicas moralistas. Pero aún quedaba mucho tiempo libre para obreros y obreras que preocupaba a empresarios y a los círculos moralizantes.

59 *El Tiempo*, abril 4, 1925, y *El Espectador*, marzo 12, 1926. Para las giras de María Cano véase Ignacio Torres G., *María Cano, Mujer Rebelde*, Bogotá: La Rosca, 1972 e I van Marín, *María Cano en el amanecer de la clase obrera*. Bogotá: Ed. ISMAC, 1985. La adopción oficial de la Flor Revolucionaria del Trabajo por el socialismo en *La Humanidad*, Oct.29,1927.

60 *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, No. 353, 1944 y *Diario Popular*, Dic. 20, 1944. Un antiguo textilero recordaba que, "en esa época los sindicatos hacían también muchas fiestas, muchos bailes... por ejemplo el sindicato del Municipio (Medellín) hacía muchos bailes en su sede". (Bortulfo Ocampo, Medellín, 1987), La clase obrera Barranquillera, como en general la costeña, mantendría siempre una actitud alegre y abierta a la dimensión lúdica. A lo largo del período estudiado, y hasta el presente, ha participado con los otros sectores de la población en los famosos carnavales de la ciudad antes de la cuaresma. (Entrevista con Julio Morón, Barranquilla, 1986).

## VI. ¿MAS TRABAJO DESPUÉS DEL TRABAJO?

"Ocho horas para lo que queramos" fue una de las consignas por las que luchaba el movimiento obrero a nivel mundial. En Colombia, para los años cuarenta, esa consigna sonaba irónica. Aunque se había conquistado la jornada de ocho horas, al menos legalmente, el tiempo libre no era realmente para lo que quisieran los trabajadores. Bien fuera por presión económica, o por la introyección de la ética de trabajo, o simplemente por la división de labores en la familia obrera, muchos trabajadores y trabajadoras empleaban su tiempo "libre" no precisamente en lo que se puede considerar como diversión. La conquista de mayor tiempo libre, lejos de favorecer el ocio, tan temido por los círculos moralistas, dio origen a distintas formas de complementar ingresos, atender a los "deberes" del hogar o simplemente "matar el tiempo". Aparentemente la disciplina de trabajo se imponía, no sin resistencias como lo hemos señalado, conquistando aun el espacio donde el trabajador podía ser dueño de sí mismo<sup>61</sup>. Paralelamente la clase obrera iba construyendo valores que le daban identidad y desarrollando actividades colectivas que favorecían su cohesión. La confrontación social seguía en un terreno mas sutil que el de la diversión. Sin embargo, el balance de este proceso no fue del todo negativo para la naciente clase.

Desde tiempos coloniales la mujer, como madre o como hija, era la encargada de los oficios domésticos. Esa práctica continúa en los hogares de estratos bajos hasta nuestros días. Incluso en las economías de enclave, en donde los núcleos familiares eran muy débiles, la división de tareas en el hogar seguía la tendencia tradicional, como se desprende de este testimonio:

"El trabajo normal de una mujer en una casa de familia era: levantarse a las 4 o 5 de la mañana para preparar el desayuno para el marido que se iba para el trabajo; después irse a lavar la loza y la ropa que se hubiera acumulado durante la semana y levantar a los niños por ahí a las 6 de la mañana, darles el desayuno y mandarlos para la escuela; el resto del día, como no había radio ni televisión, entonces barrer, por ahí un ratito hablar con las vecinas; al mediodía otra vez la comida del marido; después

61 Una encuesta sobre el uso del tiempo libre en Bogotá en 1983 arrojaba estos dicientes resultados: 22.6% de los encuestados desearían cambiar el tiempo libre por mas trabajo; 24.1% por mas estudio, mientras un 47.3% no lo cambiarían. A la pregunta de porqué no dispone de tiempo libre, 41.6% respondieron que trabajaban demasiado, y 23.5% por los oficios domésticos (principalmente mujeres). Finalmente, algo que ilustra el contraste con las primeras generaciones, 35.9% quisieran usar su tiempo libre en estudio, 28.1% en recreación exterior y deportes, 19.6% en actividades culturales, y 13.3% en más trabajo. (ANIF, "Uso del tiempo libre en Bogotá", *Documentos ANIF*, 1985, pp. 26-36).

se repetía la faena, por la tarde otra vez atender al marido, mandarlo al trabajo y esperar el pito de las 6 p.m. que terminaba la jornada"<sup>62</sup>.

De los oficios domésticos no escapaban ni las mujeres vinculadas formalmente a las industrias. Ya fuera en los Patronatos o en los hogares, las trabajadoras realizaban una doble jornada de trabajo sin que la segunda se le reconociera. Véase, por ejemplo, este recuerdo de una antigua textilera:

"Yo trabajaba toda la noche en la casa, toda la noche haciendo oficio y en el rato que me quedaba, yo bordaba cinco costuras en el año, que en el Servicio Social me las dibujaban... Cuando salía a las 6 de la tarde (de la fábrica) me acostaba un ratito y dormía hasta las 11 de la noche, a las 11 me levantaba a hacer el oficio de la casa y si me quedaba un ratito al amanecer me ponía a bordar"<sup>63</sup>.

Como se vé la cotidianidad de las trabajadoras era bastante monótona. Así lo confirma la literatura de la época. Osorio Lizarazo, en la novela que escribió en 1930, describe que cuando la "obrerita" llegaba del trabajo, se encerraba en su pieza, y mientras hacía la comida, por demás no muy abundante, solía reprender a su hijo de cuatro años. Finalmente después de comer apagaba la vela que iluminaba la habitación y se dormía para reiniciar al alba del otro día el ciclo<sup>64</sup>. Contrasta esta rutinaria vida con la variada diversión de la que gozaban los varones artesanos u obreros.

La irrupción de la radio comercial a partir de los años treinta, ofreció compañía a las mujeres mientras realizaban los oficios domésticos. Los gustos musicales y la inclinación por los melodramas rápidamente serían canalizados por el novedoso medio de comunicación. Las grandes empresas, comprendiendo la importancia de la radio, patrocinaron programas que llegaron a tener buena sintonía como los de Coltejer y Fabricato en Medellín<sup>65</sup>.

62 Entrevista con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985. Ver también las de Elba Vélez y Vítelba Serrano. Esta última se vinculó desde joven a un almacén, luego trabajó en un banco y finalmente en Avianca.

63 Entrevista con Zoila R. Valencia, Medellín, 1987. Descripciones similares en otras entrevistas con las textileras antioqueñas.

64 *Novelas...*, p. 11.

65 En Medellín, en los años treinta, dos de los programas de mayor sintonía eran patrocinados por Coltejer y Fabricato respectivamente. En los años cuarenta, Coltejer patrocinó también programas de concurso. (Patricia Londoño, "Vida cotidiana en el siglo veinte" en Jorge O. Meló, *Historia de Antioquia*, 1988, pp.246-248). En Bogotá, en 1929 se inauguró la emisora La Voz de la Víctor que, junto con la posteriormente fundada Radio Santa Fé, arrastrarían la mayor sintonía. Los esfuerzos oficiales a

Otra forma distinta de pasar el tiempo libre sin diversión fue la religión. Era común en las primeras generaciones obreras la asistencia a la misa dominical y a otras prácticas religiosas en los templos, como rosarios y novenas. Las procesiones eran también muy concurridas por trabajadores y trabajadoras. Incluso no faltaron los casos, especialmente en las ciudades del interior, en donde los trabajadores emplearon los fines de semana o las cortas vacaciones en prácticas religiosas intensas como los Ejercicios Espirituales o los Cursillos de Cristiandad. Pero obviamente la religiosidad trascendía los templos haciéndose presente en los hogares de los trabajadores. En forma individual, pero también colectivamente, en las familias obreras, especialmente del interior, se rezaban a lo largo del día oraciones, trisagios, rosarios o novenas. Más común entre las primeras generaciones que en las siguientes, más frecuente entre las mujeres que entre los varones, la práctica religiosa ocupó lapsos de tiempo no despreciables. Ello era consecuente con la religiosidad popular que había heredado la clase en su origen<sup>68</sup>.

Sin embargo, la presión económica por sobrevivir colocaba nuevas cargas a las familias obreras recortando aún más sus ratos "libres". Como se vio en la resistencia a la proletarización, los obreros colombianos recurrían desde tempranas épocas a las diversas formas del "rebusque" para complementar ingresos. Según las tradiciones heredadas y las posibilidades reales de que disponían, los trabajadores utilizaban sus ratos libres en huertas caseras, autoconstrucción, pequeños comercios o talleres familiares. Un textilero recordaba cómo empleaba su tiempo libre:

"El Domingo que era el único día que tenía de descanso. Yo (lo que hacía) era llegar y darle vuelta a una huertecita que yo tenía allá en la casa; tenía una huertecita y cogía cafecito.

...Otras veces (iba) a buscar leña piara que la señora hiciera de comer, arreglarle leña porque en ese tiempo no teníamos energía eléctrica"

Otro mencionaba la autoconstrucción de vivienda:

través de la Radio Nacional, establecida en 1940, no lograron arrebatárles popularidad. (Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, pp.103 y 138-139). La primera referencia al uso oficial de la radio parece ser en un mensaje a la nación de Alfonso López P. en 1935. (*El Espectador*, Feb.22,1935). Sobre el uso cotidiano de la Radio ver entrevistas con Abraham Cadena, Bogotá, 1988; Marco A. Arias, Zoila Valencia, Manuel Vargas y María Franco, Medellín 1987.

66 Esta dimensión fue común entre los trabajadores de base entrevistados, pero vale la pena destacar los textiles José B. Ocampo, Luis E. Hernández, Marta Franco, Zoila R. Valencia y Genivera García, Medellín, 1987.

"Yo no tenía más diversión; me iba para la casa y cuando ya estaba haciendo mi casita, la mayor parte del tiempo yo tenía momentos, había días en que madrugaba a las tres de la mañana con dos o tres velas, las prendía y me ponía a trabajar en la casa

En ausencia de la huerta casera se recurría a otras formas de "rebusque" como el pequeño comercio. En Barrancabermeja "no era común que el trabajador tuviera su tierra, pero encontraba uno que otro que salía de su trabajo y tenía su tienda". Otros acudían al taller artesanal. En Medellín, por ejemplo, "había trabajadores que salían del trabajo, se iban para la casa, almorzaban y salían a un taller de carpintería o de cerrajería... empleaban el tiempo sobrante de la empresa en carpintería". Un textilero antioqueño se empleaba en cualquier cosa durante su poco tiempo libre:

" Yo salía (de la fábrica) a las 4 a.m., me acostaba a dormir, me levantaba a las 12, almorzaba y me iba a trabajar en cualquier cosa. A las cinco me devolvía a la casa, comía y me venía para la empresa... yo hacía cualquier cosa al contrato y ahí me ganaba unos centavitos más"<sup>68</sup>.

Con el paso de los años, las grandes empresas, al mismo tiempo que aceptaban el recorte de la jornada de trabajo, implementaban turnos y/o pagaban horas extras. Con estas últimas las empresas se evitaban contratar nuevo personal reforzando la dependencia de los trabajadores. Estos, por su parte, ganaban ingresos adicionales y no se dispersaban "rebuscando". Pero esta nueva racionalidad, entroncada en la nueva organización industrial, no llegaba a las pequeñas empresas y talleres artesanales en donde aún predominaban los métodos primitivos de extracción de la plusvalía. En todo caso, el tiempo "libre" de los trabajadores, especialmente los de las grandes empresas del interior, se volvía tiempo adicional de trabajo. La imposición de los hábitos de trabajo y de la disciplina capitalista aparentemente triunfaba allí donde tenía condiciones materiales para hacerlo. Para reforzar aún más el aprovechamiento del tiempo se acudió al estímulo del ahorro.

Desde el siglo XIX los artesanos venían escuchando conferencias sobre las bondades del ahorro y hasta contaron con instituciones orientadas a ese fin. En Bogotá, por ejemplo, en la dura coyuntura económica de medio siglo se creó, con el apoyo de otros sectores de la ciudad, la Caja de Ahorros que facilitó crédito a los artesanos durante la crisis<sup>89</sup>. Las

67 Entrevistas con Celso A. Gómez y Tomás C. Peláez, Medellín, 1987.

68 Entrevistas con Ezequiel Romero, Barrancabermeja, 1985; Luis E. Bolívar y Celso A. Gómez, Medellín, 1987.

Sociedades de Ayuda Mutua que florecieron a finales de ese siglo, también buscaban estimular el ahorro entre sus miembros, pero como prevención en las calamidades. A lo largo de ese período los sectores moralistas siempre contraponían la virtud del ahorro a los vicios derivados del alcoholismo. A principios del siglo XX los periódicos clericales lo seguían repitiendo:

"El orden, base de solidez en la familia y en la sociedad debe ser amigo del obrero, debe librarlo de las tabernas y lugares de perdición; (el obrero) debe acostumbrarse a ser económico y previsor mirando el mañana, para guardar algo del sobrante hoy"<sup>70</sup>.

Con ese objetivo, el sacerdote José María Campoamor inició en Bogotá en los años diez la Caja de Ahorros del Círculo de Obreros. El jesuita, de origen español, fue defensor acérrimo del ahorro aconsejando a todo el que se le acercara abrir una cuenta en dicha Caja de Ahorros. Además, el primer requisito de quienes iban a usar los servicios prestados por el Círculo de Obreros- vivienda en el barrio San Javier, educación, o empleo- era abrir una cuenta de ahorros. En el Boletín de dicha organización se publicaron permanentes apelaciones al ahorro. A las clases altas se les decía que un depósito en las Cajas de Ahorro no era una limosna, sino una ayuda a la acción de la iglesia que también las favorecía económicamente. A los trabajadores se les recalca las virtudes del ahorro recurriendo incluso a una ingeniosa teoría de "capital humano": si los obreros tienen en su trabajo un capital, en vez de destruirlo con los vicios debían invertir hacia el futuro ahorrando<sup>71</sup>. Rápidamente la iniciativa del padre Campoamor se difundió por todo el país conformando lo que hoy en día es uno de los grupos financieros más poderosos de la economía nacional.

El estímulo al ahorro no fue, sin embargo, privilegio de los círculos clericales o empresariales. Desde los orígenes del socialismo en el país sus dirigentes lo defendían con similar vehemencia. Periódicos de esa

69 David Sowell, *Artiaans and politics*, p.30.

70 *El Obrero* (órgano de la congregación de obreros de San José, Medellín), 1911. Todavía en 1928 le hacían eco diciendo: "quitemos lo que de nuestro jornal destinamos a atender necesidades que no son indispensables...Bebemos, fumamos o jugamos?, Debemos dejarnos por completo de eso". (*Unión Colombiana Obrera*, junio 2, 1928). El mismo periódico sugería que para ahorrar los trabajadores debían siempre separar una suma de sus ingresos para arreglos de la vivienda. Cuando ésta estuviera arreglada, ese dinero se podría ahorrar tranquilamente. (Julio 28, 1928).

71 *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 22, 1918 y No. 40, 1920. Ver también entrevistas con María Betulia Romero, Helena de Sánchez, Carlos Pardo y el padre Eustóquio Guarín, Bogotá, 1988. En Medellín se insinuó una propuesta similar a través de la Cooperativa de Ahorro que construiría casas para obreros con base en lo ahorrado. (*La Defensa*, Julio 23, 1927).

tendencia como *El Luchador* de Medellín o *La Humanidad* de Cali, eran publicados por cooperativas de ahorro y crédito obreras. El dirigente de izquierda Ignacio Torres Giraldo, siempre se consideró defensor del ahorro y en sus memorias menciona haber escrito un opúsculo exaltándolo<sup>72</sup>.

La presión de muchos sectores llevó al gobierno nacional a instaurar, en los años veinte, una cátedra en las escuelas primarias, llamada "ahorro". En 1928 se dictaría la ley 124 para fomentarlo<sup>73</sup>. En los años treinta, los grandes sindicatos y sus poderosas cooperativas serán los encargados de continuar la campaña en pro del ahorro entre sus afiliados. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Círculo de obreros volvió a dirigir una convocatoria a los colombianos exhortando al ahorro, que tal vez había disminuido por las penurias económicas. La convocatoria concluía recalcando las ventajas que los círculos moralistas veían en el ahorro: ofrecía equilibrio social, otorgaba bienestar a la clase obrera y defendía a la sociedad de las arremetidas de la Revolución Social<sup>74</sup>. Aunque en estos pronunciamientos sólo se veía la perspectiva patronal sobre el ahorro, el hecho de que también fuera defendido por núcleos obreros, incluso de izquierda, sugiere otras dimensiones del fenómeno. El ahorrar, además de favorecer a los trabajadores en los momentos críticos futuros, daba una sensación de control y proyectaba una imagen diferente del obrero. En los sectores que llevaban una vida más disciplinada, por ejemplo los textiles antioqueños, el ahorro sirvió para el mejoramiento de sus condiciones de vida; pero en la mayoría, la vida diaria se seguía rigiendo por la ley de que se gastaba lo que se ganaba<sup>75</sup>.

Si la necesidad del ahorro no despertó entusiasmo en todos los sectores obreros, una forma de reforzar el aprovechamiento del tiempo sí tuvo mayor éxito: la educación. Su necesidad fue uno de los consensos de la época, incluso desde mucho antes. Los artesanos venían exigiéndola desde tiempos pasados. El desacuerdo comenzaba cuando de precisar el tipo de educación se trataba.

72 *El Luchador*, enero 23, 1919 y *La Humanidad*, No. 1, 1925. También de Ignacio Torres Giraldo, *Anecdotario*, texto inédito, pp. 127-128.

73 *La Defensa*, enero 19, 1928 y Carlos Uribe C, "*Los Años Veinte* ...", p. 49. Véase también *El Diario*, marzo 6, 1930.

74 *El Espectador*, marzo 27, 1941 y *Unión y Trabajo*, No. 83, 1936.

75 Entrevistas con Alfonso García y Carlos Hernández, Bogotá, 1988; José Domingo Gómez, Eduardo Palacio, Norberto Velásquez e Israel Hernández, Medellín, 1987 y 1988. Algunos trabajadores antioqueños pudieron comprar vivienda con sus ahorros, otros educar a sus hijos hasta los estudios universitarios, otros viajaron al extranjero y algunos compraron acciones de las empresas. (Entrevistas con Fabiola Roldan, Zoila R. Valencia, Tomás C. Peláez y María R. Lalinde, Medellín, 1987).

Para los socialistas, herederos de tradiciones racionalistas, la educación era el principal medio para conseguir la libertad: "Queremos que los hombres sean libres, pero antes queremos que se eduquen, que piensen, porque nunca es libre el hombre que no piensa!" Los anarquistas criollos opinaban de forma similar, introduciendo un matiz más anties-tatal: ... "esas masas por la incompetencia de los gobiernos y la corrupción de los políticos, son totalmente (ignorantes) de todo derecho civilizado y de todo reclamo justiciero. Ellas no tienen la culpa. Si se les instruyera, otra sería la suerte del proletariado". Todavía en 1935, en periódicos sindicalistas, se oían ecos de la crítica al Estado, por no dar instrucción al proletariado<sup>76</sup>. Tanto el socialismo como el anarquismo de los años veinte defendían el papel liberador de la educación, especialmente para la mujer, supuestamente más oprimida debido a la ignorancia. Todavía en los años treinta se seguía insitiendo en el papel liberador de la lectura y el estudio. Con una dosis de idealismo, el periódico de los braseros de Barrancabermeja decía: "Obreros, juntad la suma de deberes imperiosos que os oprimen y haced la república de Platón; comprended que podéis llegar a esa cumbre por la lectura, por la meditación, por los libros; el estudio os mostrará esa precisa senda"<sup>77</sup>.

Los grupos obreros clericales defendían la educación como el principio moralizador de las costumbres. "Es necesario educar para que se evite la "chicha" y muchas más costumbres... así se formará la verdadera familia en el espíritu cristiano", decía el periódico del padre Campoamor en 1919. Nueve años más tarde otro periódico de orientación clerical señalaba que "la escuela es un sitio sagrado para los obreros... la escuela es un sitio que todos los obreros debemos amar puesto que ella se nos dice que seamos buenos y que seamos dignos de nuestro nombre de obreros". Al contrario de la prensa radical que apelaba a la posibilidad de liberación colectiva de la educación, la prensa religiosa insistía en su dimensión individual. Era, pues, una forma de ascenso social: "Obreros, la instrucción no es dinero pero da dinero... la instrucción no es riqueza pero sí la proporciona". Finalmente, para la visión católica, la educación era la forma de hacer del obrero un "hombre digno"<sup>78</sup>. De esta manera

76 Para la visión socialista ver *La Humanidad*, abril 16,6 y 27 de junio, 1925. El mismo periódico decía que la educación haría "desaparecer odios y vicios, suavizando las costumbre" (Oct. 3,1925) Para la visión anarquista, véase Alfredo Gómez, *Anarquismo...*, p. 39. Mírese también *El Escalpelo*, No.8, 1935.

77 *Acción Obrera* No. 1, 1934. *La Humanidad* tuvo una columna regular sobre problemas de la mujer y desde allí clamó por su educación. Véase, por ejemplo, enero 16, 1926. *El Sindicalista* apelará a la elevación del nivel intelectual de la mujer para "tener una alternativa al matrimonio que es su esclavitud". (No. 6, 1936).

78 *Boletín del Círculo de Obreros*, No.4,1919 y *Unión Colombiana Obrera*, mayo 1 Junio 9 y Julio 21, 1928.



quedaban retratados los dos polos entre los que oscilaba el entendimiento de la educación obrera.

A pesar de las diferencias conceptuales se puede ver que el énfasis en una educación más ideológica -católica o radical- en los años veinte, se suaviza a partir de los años treinta, enfatizándose más la necesidad de una capacitación técnica. Se retomaba así la exigencia de los artesanos del siglo XIX. Veamos brevemente la evolución de la educación obrera.

Con una visión no exenta de mesianismo, la prensa socialista y anarquista de los años veinte privilegiaba la dimensión política de la educación. Cuando de programas concretos se trataba, se hablaba de una instrucción libre de todo fanatismo, que combinara las ciencias exactas y las sociales, y sobre todo que transmitiera ideas revolucionarias. Un periódico anarquista llamaba a las organizaciones obreras a enseñar, "desde el alfabeto hasta las teorías científicas que sirven de base a los conocimientos modernos". A renglón seguido las invitaba a conformar "Ateneos Culturales" en sus locales<sup>79</sup>.

Los círculos católicos no se quedaron atrás y lanzaron la iniciativa de escuelas confesionales que tuvieron acogida en las ciudades del interior. En 1920, la Acción Social Católica de Medellín, ofreció educación nocturna a los obreros. En 1921 se dio un paso más: La Juventud Católica estableció el Centro Docente Católico de Obreros para los trabajadores afiliados a la Acción Social. Con el tiempo ese centro se transformaría en las Escuelas Dominicales a las que acudirían miembros de la élite a enseñarle a los obreros. Con una similar intención, el padre Campoamor estableció en Bogotá un Instituto Nocturno Obrero junto con algunas escuelas para niños de estratos bajos y permanentes conferencias públicas, "en las que se expone la Doctrina Cristiana y se inculca la observancia de los mandamientos"<sup>80</sup>.

Esta polarización era explicable en los años veinte dada la vigorosa irrupción del socialismo. El catolicismo comenzó a ver que la "cuestión social" no era algo distante del país y que por el contrario amenazaba conquistar el mundo obrero. Pero en los años treinta la retórica ideológica cedió un poco en la prensa obrera. La educación que se ofrecía, y que se exigía, tenía un acento menos político y más técnico, aunque la preocupación central seguía siendo la alfabetización de los trabajadores.

79 *Voz Popular* (Órgano del Grupo Antorcha Libertaria de Bogotá), Nov. 9, 1924. Citado por Alfredo Gómez, *Anarquismo...*, p. 39. Un artículo aparecido en *La Humanidad* señalaba que el pueblo debía saber de todo: "antropología, etnografía, etnogenia, sociología y teorías del Estado". (Sep. 12, 1925).

80 *La Defensa*, Oct. 8, 1920 y enero 23, 1921; y *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 1, 1918.

Las organizaciones católicas apoyaron los institutos nocturnos para obreros, desarrollando paralelamente escuelas agrícolas y talleres para la enseñanza técnica, especialmente en Bogotá y Medellín. En 1928, un periódico clerical alababa la fundación del Centro Popular de Cultura y la biblioteca en un barrio obrero de la capital. Diez años más tarde la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín daba educación y servicio médico gratis a los obreros como un servicio social. Se les enseñaba redacción, aritmética y también se les instruía en cómo formar organizaciones obreras católicas. En el mismo año los jesuitas que trabajaban en la educación obrera en Medellín rendían este significativo informe: aunque las Escuelas Nocturnas "eran más o menos frecuentadas, más o menos difundidas, al menos ellas existen". Pero los jesuitas veían necesario superar el nivel de simple alfabetización para formar "bachilleres obreros". Agregaban, "no (es) el bachillerato el que prepara al alumno para estudios de Medicina o Ingeniería, sino para ser un excelente obrero, jefe de taller y director de fábrica". El pénsun, sin embargo, no reflejaba el nuevo énfasis técnico que se proponía. Las Escuelas Nocturnas, sobrevivieron y en 1944 asistieron a la ceremonia de clausura de actividades 2.500 obreros que habían pasado por ellas. Aunque no hay información precisa sobre el número de obreros enrolados en esos programas, no parece que fueran muchos, con la excepción de Medellín, como se ve. Allí las Escuelas Clericales reunieron casi un 20% de los obreros de la ciudad<sup>81</sup>.

Los periódicos obreros de izquierda en los años treinta habían bajado un poco la retórica ideológica con relación a la educación e incluso apoyaban la fundación de escuelas nocturnas obreras, especialmente cuando surgían de la iniciativa de los trabajadores mismos. Desde 1925 se había apoyado el establecimiento por iniciativa de las autoridades municipales de Puerto Tejada, de una escuela nocturna para obreros. Pero más entusiasmo se reflejó al año siguiente cuando el Sindicato Agrario de Palmira fundó la escuela María Cano para educación de los trabajadores. En 1932 se fundaba en Montería, sede de movimientos agrarios desde mucho antes, una escuela nocturna, una biblioteca y una Caja de Ahorros para Obreros<sup>82</sup>.

81 *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 1, 1918; *Unión Colombiana Obrera*, Oct. 1, 1928; *El Diario*, Ag. 19, 1937 y *La Defensa*, Sep. 18, 1937. El pénsun propuesto por los jesuitas consistía en: filosofía, historia natural, retórica, física, química, álgebra y trigonometría. Empresas como Coltabaco y Fabricato apoyaban la iniciativa. Para el balance de las escuelas nocturnas -ver *El Espectador*, Nov. 23, 1944.

82 *La Humanidad*, Nov. 18, 1925 y Oct. 16, 1926; y *El Espectador*, Jun. 24, 1932. La división entre las vanguardias revolucionarias impidió una mayor difusión del socialismo. Esa es, al menos, la versión crítica de *El Socialista*, Jun. 5, 1932.

La gran prensa nacional y regional publicará continuamente la fundación de centros educativos por parte de la élite para alfabetizar al pueblo. Como era propio del paternalismo de la época, a esos centros se les llamaba "obreros". En 1922 se estableció uno en Zipaquirá y otro en Cali, este último dirigido por el joven intelectual de la élite Germán Arciniegas. En 1923 el Sindicato Central de Bogotá proponía crear un Colegio Modelo para los hyos de obreros, usando los nuevos métodos pedagógicos. Para dirigirlo se proponían los nombres de Germán Arciniegas y Agustín Nieto Caballero -el director de un colegio de la élite que había implementado nuevos métodos de enseñanza-.

Para los años treinta, establecimientos de ese estilo fueron respaldados por los sindicatos. En 1937, por ejemplo, el sindicato de los petroleros de Barrancabermeja -la Unión Sindical Obrera, USO-impulsó la creación de un instituto obrero en donde se educara "en la cultura obrera y el estudio de los problemas sociales que estén directamente ligados con la existencia de los sindicatos". Dicho instituto buscaría primero la alfabetización, pero también ofrecería capacitación para los que superaban esa etapa. Hacia 1935 se habló de construir una "Universidad Sindical" en Bogotá con el fin de capacitar en el sindicalismo a los trabajadores. Las clases serían gratuitas mas no la matrícula. La propuesta parece que no pasó del papel. En 1942, en cambio, los trabajadores de la construcción de la capital fundaron, con el apoyo de las autoridades locales, un Instituto Nocturno de Educación Obrera en el barrio Ricaurte<sup>83</sup>.

En la medida en que los requisitos de calificación de la mano de obra se elevaban, se requería un cambio de énfasis en la educación: de la simple alfabetización a una educación más técnica. Pero aun ésta estaba acompañada de un gran componente humanista. En los años veinte, cuando se hablaba de una educación superior a la alfabetización se mencionaba el título de "bachiller" para los obreros. En los años treinta se habló de Universidades Sindicales y Populares sin que cristalizaran los proyectos. Finalmente en 1944 se lanzó la iniciativa de establecer en Bogotá una Universidad Obrera. En efecto en agosto del año siguiente el ministro Darío Echandía pomposamente la inauguraba. No parece haber durado mucho, y desconocemos el pénsun que desarrolló, pero sospechamos que aún era muy clásico<sup>84</sup>.

83 *El Tiempo*, marzo 2, abril 29, 1922 y Nov. 18, 1923; *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, No. 87, 1937; *Claridad*, No. 135, 1935; y *Diario Popular*, Ag. 3, 1942.

84 *El Tiempo*, Sep. 4, 1920; *El Diario*, Ag. 19, 1937 y *Diario Popular*, Dic. 15, 1944 y Ag. 24, 1945.

Por distintos motivos, desde ideológicos hasta económicos, y con diferentes patrocinadores, políticos o religiosos, la educación fue ocupando un papel cada vez mas central en la vida de la clase obrera absorbiendo crecientemente su tiempo libre. La recomendación que hacía el sindicato de Ferroviarios de Anioquia a sus afiliados en los años treinta bien puede reflejar la tendencia común de la clase obrera: "Dediquemosle a la lectura sana e instructiva 5 minutos de cada día y todos estaremos educándonos y utilizando nuestro tiempo de una manera efectiva". Los hábitos de vida iban indudablemente cambiando y la educación era una de las razones. Un trabajador cervecero decidió cambiar el juego de "tejo" y su afición por la cerveza en los ratos libres, por el estudio: "Así hice un curso aquí en Bavaria. Pero haciendo esfuerzos, saliendo a las 6 de la mañana a estudiar tres horas para hacer las tareas., eso me quedaba pesado pero ahí tenía que hacerlo"\*<sup>8</sup>.

El imperativo de la educación calaba en la clase obrera de tal forma que si no disponía de instituciones cercanas para hacerlo, recurría al aprendizaje por correspondencia, especialmente desde los años 40. Algunos obreros textiles, ferroviarios y petroleros reconocieron en sus entrevistas haber usado estos mecanismos de auto-educación. Aunque aparentemente la presión económica podía explicar esa necesidad, los resultados no se reducen a un mejoramiento salarial o a un ascenso laboral. La búsqueda de conocimientos producía también trabajadores críticos como lo ilustra el testimonio de vida de un petrolero, militante comunista:

"Yo no tuve la oportunidad (de estudiar). Llegué aquí y como me tocó trabajar de turno no pude ir a la escuela porque la escuela era de noche y cuando me tocaba de tarde (el turno) no podía asistir a clase. Cuando estaba amaneciendo, trabajando de 10 de la noche a 6 de la mañana tampoco podía; de día asistía una vez. Entonces la señorita me dijo que no podía seguir estudiando porque no podía asistir sino una semana; ella se comprometió a seguirme dando clases, lo que ella pudiera y eso me preparó un poquito. Yo sé leer pero escribir casi no. Yo aprendí a leer fue estudiando, y estudiando literatura marxista; cuanto libro del Partido (comunista) todo me lo iba estudiando. Un libro que cogía por la mañana a las 2 de la tarde me lo había terminado"<sup>46</sup>.

Sabiendo que la educación era algo que trascendía las escuelas, las distintas corrientes ideológicas que se movían en la clase obrera ofrecían

85 *Unión y Trabajo*, No. 67, 1936 y entrevista con Eliécer Pérez, Bogotá 1988.

86 Entrevista con José Acosta, Barrancabermeja, 1985. Para la educación por correspondencia ver entrevistas con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985, Luis E. Hernández y Aldemar Cano, Medellín, 1987 y 1988. Estos dos últimos hablaban de haberse inscrito en las Escuelas Internacionales.

alternativas para integrar entretenimiento con instrucción. En 1926, por ejemplo, los socialistas respondieron a las Escuelas Dominicales de los círculos católicos con la organización de los "Domingos Rojos". Iniciados en el fortín socialista de Bogotá, el barrio La Perseverancia, estas actividades buscaban congrega obreros, alejándolos del consumo de bebidas embriagantes, y propiciando un espíritu de camaradería. En 1928, en la misma Bogotá, por iniciativa de un grupo de artesanos se creó un Centro Social, libre de condicionamientos ideológicos o religiosos, con el fin de ofrecer entretenimiento cultural a los trabajadores.

En los años treinta los comunistas organizaban en los barrios de trabajadores de las principales ciudades unas jornadas de venta de su prensa a las que llamaban los "Sábados Rojos". Por su parte, la Acción Social Católica, para "prevenir la infiltración comunista", organizó las "Semanas Sociales". Estas consistían en ciclos de conferencias de temas sociales condensadas en pocos días. La propuesta había sido calcada de la experiencia europea, especialmente española<sup>87</sup>.

El Estado por su parte, especialmente desde el ascenso Liberal en 1930, mostró creciente interés por el problema educativo. En la primera administración de López Pumarejo, el Ministerio de Educación impulsó la publicación de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, que divulgó la obra de importantes escritores nacionales. En 1936, el entonces alcalde de Bogotá, Jorge E. Gaitán, había organizado por primera vez una Feria del Libro. En 1938 se abrió al público de la misma ciudad el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional sede también de los Archivos Nacionales.

Al abrigo de este impulso a la educación popular un grupo de intelectuales liberales -Jorge E. Gaitán, Francisco Socarras, Luis López de Mesa, Guillermo Nannetti, Otto de Greiff y Carlos Lozano entre otros-, decidieron ir a las fábricas a dictar conferencias sobre temas de actualidad. Pomposamente, y con intención de copiar la experiencia peruana de los años veinte, llamaron a esta iniciativa la "Universidad Popular". En 1937 el intelectual liberal Guillermo Nanetti fundó el Instituto para la Cultura de los Obreros Fidel Cano, que funcionaría en las horas de la tarde en Bogotá\*<sup>88</sup>.

87 *El Espectador*, mayo 15, 1926; *El Correo Nacional*, jun. 15, 1928; *El Bolchevique* abril 12, 1935 y *La Defensa*, Ene. 22, 1938.

88 *El Espectador*, Ene. 30, 1937. Ver también Fabio Zambrano, *Historia de Bogotá*, pp. 136-137 y Carlos Uribe C., *Los Años Veinte*, pp. 102-103. Estos intentos nunca cuajaron en algo parecido a lo que funcionó en Perú en los años veinte bajo la coordinación de Haya de la Torre y Mariátegui. (Denis Sulmot, *El Movimiento Obrero Peruano*, Lima: Ediciones Tarea, 1980, pp. 20-41).

En menor escala, en Barrancabermeja sucedió algo similar con el grupo de intelectuales llamado "Los Saturnales". Aunque orientado a la actividad literaria en un principio, por la fuerte presencia obrera en el puerto terminó ofreciendo cursos de oratoria, de periodismo y hasta de sindicalismo. "Los Saturnales" serían también los encargados de traer brillantes figuras nacionales e internacionales, de las letras y de la política, para que dictaran conferencias a los petroleros\*<sup>9</sup>.

En otras partes se fundaron centros culturales para obreros. En 1937, por ejemplo, se fundó un Centro Literario Obrero en la población de Zipaquirá. En 1941 el maestro José Rozo Contreras inició, en conjunto con la Banda Nacional, una serie de "Conciertos Pedagógicos" en las fábricas de Bogotá. El objetivo del programa, que contaba con el apoyo oficial, era "inculcar en los obreros el sentido musical". Los Conciertos se iniciaron en la fábrica de Bavaria con la asistencia de trabajadores y empresarios<sup>90</sup>.

De los años cuarenta en adelante, las grandes empresas buscaban canalizar la promoción educativa y cultural de sus trabajadores a través de los Secretariados Sociales. Una textilera recordaba que allí, "hacían conferencias y nos enseñaban relaciones humanas, de ahí salieron muchas niñas que no sabían leer ni escribir a desempeñar puestos de empleadas", La capacitación que ofrecían los Secretariados Sociales abarcaba diversas actividades para atraer a las mujeres trabajadoras, cuya proporción era aun alta en la industria textil. Era una forma agradable de pasar el tiempo libre como lo recuerda otra textilera:

"Como nosotras teníamos en la fábrica el Servicio Social, nos íbamos para allá y allá nos enseñaban a hacer culinaria, bizcochos yo aprendí de todo... nos enseñaban a bordar, enseñaban bizcochería, la culinaria muy completa, enseñaban a hacer malla; entonces pasábamos muy bueno, contábamos cuentos y todo, pasábamos muy bueno"\*<sup>1</sup>.

En todas esas variadas formas educativas, individuales o colectivas, sindicales o políticas, técnicas o ideológicas, culturales o religiosas, se fue respondiendo al clamor obrero por mayor instrucción. Aunque a lo largo del período estudiado se insinuaron cambios de una educación más ideológica a una más técnica, este proceso estaba aún en sus inicios. Los

89 Entrevistas con Roque Jiménez, Flavio Vázquez, Barrancabermeja, y Gonzalo Buenahora, Bogotá, 1985. Ver también de este último, *La Comuna de Barranca*, Bogotá: Ed, Lepzig, 1972, pp. 72-73.

90 *ElEspectador*, abril 6, 1937y marzo 4, 1941.

91 Entrevistas con María R. Lalinde y Fabiola Roldan, Medellín, 1987. Fabrieato fue elogiada también por inaugurar un club para sus trabajadores que era "un modelo de sana diversión y moralidad", (*¿a Defensa*, Oct.25,1938).

avances electorales de la izquierda y la misma preocupación del Estado Liberal por la educación popular, despertaron nuevamente temores en los círculos clericales y conservadores, dando origen a nuevas cruzadas ideologizantes. Pero lentamente se iba imponiendo la necesidad de una educación que capacitara técnicamente a la mano de obra, a la que crecientemente se le exigían mayores niveles de calificación.

Para resumir, podemos decir que a lo largo de este ensayo hemos visto la transformación de las formas de uso del tiempo libre de los trabajadores. Por herencia de los ciclos naturales de vida del precapitalismo y por ausencia de diversiones, las primeras generaciones de trabajadores acudían a los sitios de consumo de bebidas embriagantes como única entretenimiento. A las mujeres trabajadoras, se les seguía relegando al mundo del hogar en sus tiempos libres.

La lucha anti-alcohólica, como en general las campañas moralizadoras, tuvieron desde el principio un marcado sello de clase, además del de género ya señalado. La lucha por el predominio de valores elitistas y de una disciplina de trabajo implicaba la reorganización del tiempo libre. Pero para que las campañas moralizadoras tuvieran éxito debieron superar el énfasis negativo de la condena, para ofrecer formas de entretenimiento alternativa. Espectáculos como el cine, o deportes como el fútbol, van a calar en la clase obrera exigiendo atención de las autoridades públicas y de los empresarios.

Paralelamente se venía desarrollando una dinámica al interior de la clase obrera por un mayor aprovechamiento del tiempo libre. La necesidad de "rebuscar" más ingresos, ahorrar, educarse fue ocupando más tiempo de los trabajadores, disminuyendo el tan temido ocio. El predominio de los valores de ascenso individual parece confirmar la hipótesis de Charles Bergquist sobre una transformación en la clase obrera colombiana de valores más colectivos en los años veinte, a un mayor individualismo desde los años treinta<sup>92</sup>.

Aunque este proceso dista de ser definitivo, y mucho menos uniforme -importantes diferencias regionales y por tipo de género, actividad u oficio aún subsisten-, es un hecho que para mediados del siglo XX se habían producido sensibles modificaciones en la concepción del tiempo y en los ritmos de vida de los trabajadores<sup>93</sup>. Estos, sin embargo, no

92 Charles Bergquist atribuye a ese cambio a la transformación en la lucha de los trabajadores cafeteros, la médula del movimiento obrero colombiano. (Los *Trabajadores*, en *la Historia de América Latina*. Bogotá: Siglo XXI, 1988, pp. 310-314). Para nosotros, la explicación integra aspectos económicos y culturales, como se ha visto en estas páginas, y sobre todo se aparta de la interpretación del autor sobre la determinación de la economía cafetera en la vida del país y de su clase obrera.

fueron pasivos ante estos cambios. Unos, los vinculados a formas más tradicionales de producción, se resistían de manera a veces primitiva a la imposición de la disciplina capitalista de trabajo; otros, generalmente vinculados a modernas actividades económicas, se amoldaron a los cambios sin dejar de imponerles un sello propio. Antes de extraer conclusiones sobre el significado de estas transformaciones, es necesario considerar otras actividades centrales en la gestación de la clase obrera y en la construcción de su identidad: las luchas reivindicativas y las formas organizativas que, dicho sea de paso, ocupaban también una buena proporción del tiempo libre -y también laboral- de los trabajadores. Esto será lo que nos ocupe en el futuro.

93 Algo similar ocurrió en la Europa preindustrial como lo señala E.P. Thompson en *Time, Work, Discipline...*: "Por todas estas formas -la división laboral; la supervisión del trabajo; las multas; las campanas y los relojes; los incentivos monetarios; la prédica religiosa y la enseñanza escolar; la supresión de fiestas y deportes-, se fueron formando nuevos hábitos de trabajo, y una nueva disciplina fue impuesta".(p. 90).